Abdelá Taia

Un país para morir

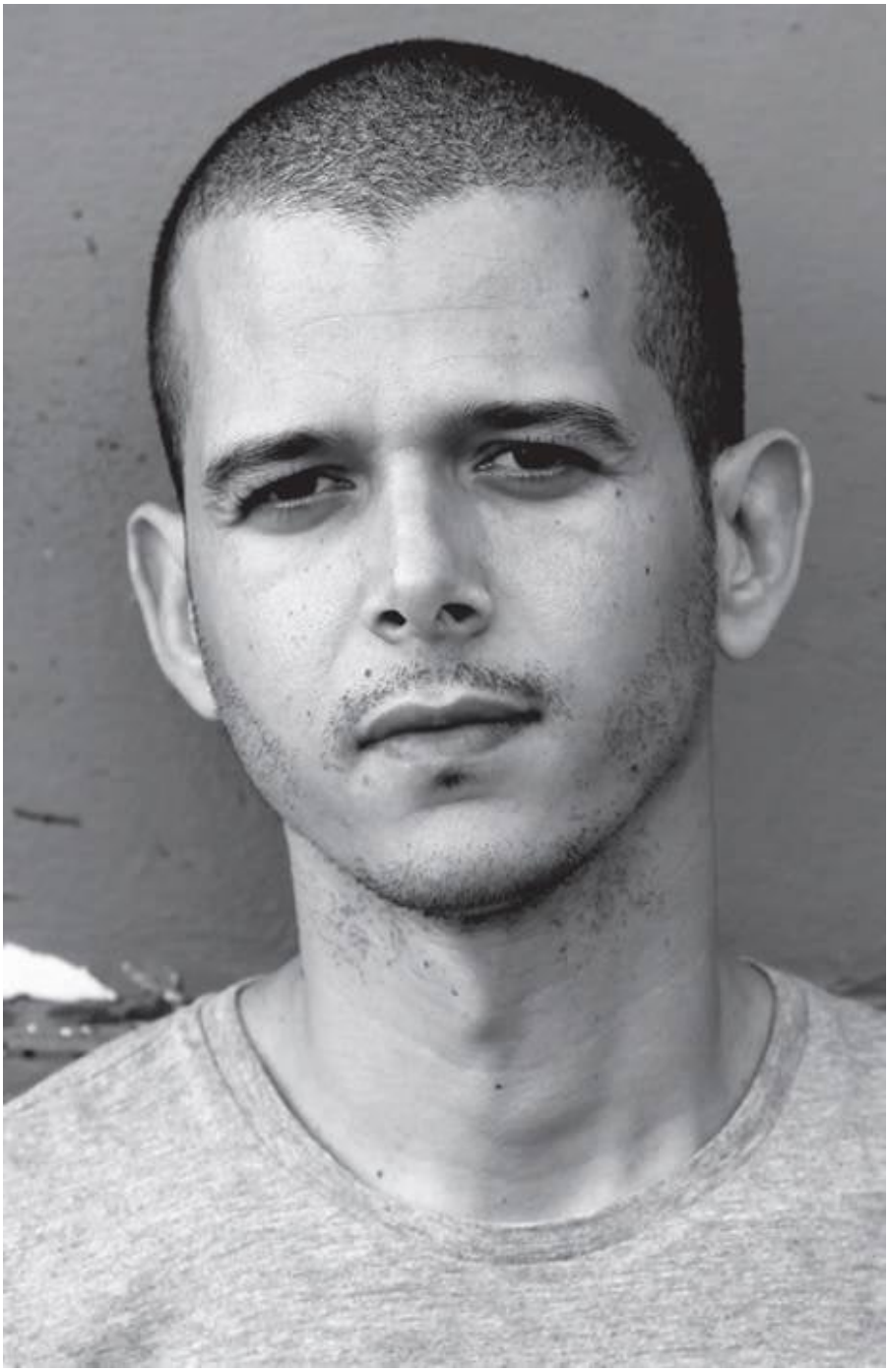
CABARET VOLTAIRE

UN PAÍS PARA MORIR

ABDELÁ TAIA

TRADUCCIÓN
LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

CABARET VOLTAIRE
2021



PRIMERA EDICIÓN *noviembre* 2021
TÍTULO ORIGINAL *Un pays pour mourir*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2015 Éditions du Seuil
©de la traducción, 2021 Lydia Vázquez Jiménez
©de esta edición, 2021 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-12-0
PRODUCCIÓN DEL EPUB: booqlab

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Fotografías
Cubierta: Fenêtre, 1973-1980 ©Keiichi Tahara
Guarda: Abdelá Taia ©Abderrahim Annag

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A mis hermanas, a todas mis hermanas

PARTE I

PARÍS, JUNIO DE 2010

1

AL LADO

Murió joven.

56 años, es joven. ¿No?

Es una media de edad razonable en Marruecos, ya sé. La esperanza de vida. Así lo llaman.

Pero él, mi papaíto tierno y furioso, no tuvo tiempo de nada. Ni de vivir bien ni de morir bien. Sucedió muy rápido. Apenas dos años.

Un día se derrumbó. Caída. Desmayo. Temblores. ¿Qué le pasa en el cuerpo?

Lo llevaron al hospital público de Rabat. Se quedó allí cuatro meses. Y luego lo mandaron a casa. A nuestra casa. A nuestra lata de sardinas picantes. Una planta baja bastante adecentada gracias a mi madre a la vez caótica y supermaniaca. Y una primera planta bien construida pero todavía sin acabar. Habitaciones sin puerta, sin pintura. Un decorado color cemento para una vida por venir, un futuro por construir cuando caiga el dinero de un cielo permanentemente demasiado azul.

Ahí pusimos al padre, ahí fuimos olvidándolo, ignorándolo poco a poco.

Por supuesto, fue mi madre la que tomó todas las decisiones.

Ella nunca lo reconocerá.

Los médicos le dijeron que había que proteger a los niños, alejarlos de un posible contagio. Separarlos del cuerpo enfermo del padre.

Precisamente porque no estaban seguros, aquellos charlatanes sin corazón, debía ejecutarse la orden, y punto.

Mi madre no quiere volver a hablar del tema. Lo que sucedió en otro tiempo es agua pasada. Son palabras suyas, el pasado, pasado está. El suyo, el nuestro, no. El mío, no.

No dije nada. Ni se me pasó por la cabeza la idea de protestar. Lo vi todo, asistí a todo. Un padre vivo, todavía joven, al que un día se decide exiliar en su propia casa, y yo sigo respirando, durmiendo, soñando cada noche con Allal y su grueso sexo que adivino, que

imagino con gran precisión. Justo encima del cuarto donde dormía yo, en medio de los cuerpos de mis numerosas hermanas que tardaban en casarse, estaba el padre. Solo. Una habitación demasiado grande donde no había cama. Tres mantas marca Le Tigre, colocadas una encima de otra, le servían de espacio donde vivir, donde seguir enfermo. A la espera de una cura. Del reposo definitivo.

¿Por qué no dije nada? ¿Por qué permanecí hasta ese punto sumida en la indiferencia, en la insensibilidad?

No creía que mi padre fuera a morir. Pero acepté, como casi todo el mundo, dejar de verlo.

También yo contribuí al asesinato de ese padre venido a menos, sin virilidad. Y sin embargo nadie me lo echó en cara. Ni entonces ni hoy.

Soy libre. Vivo en París, libre.

Nadie puede hacerme volver a mi condición de mujer sumisa. Estoy lejos de ellos. Lejos de Marruecos. Y hablo sola. Busco a mi padre en mis recuerdos.

El lastre de sus pasos pesados vuelve a mis oídos.

Yo escuchaba mi corazón alocado. Intentaba calmarlo, mecerlo para que dejara de agitarse como un volcán en mi pecho. Le hablaba sin abrir la boca. Cantaba para él en árabe y, un poco, en francés. Nada que hacer. El corazón se rebela por la noche, revive la jornada y sus acontecimientos sin nosotros, sin nuestra autorización. Sin mí. Más que una reacción de pánico, era una catástrofe, porque sabía que si él se detenía yo moriría.

Yo no quería morir. No conseguía dormir. Partir. Ceder al sueño. Resistía invadida por el miedo.

Los pasos de mi padre, alejado de nosotros en aquel primer piso, en otra oscuridad, venían a menudo a salvarme. Mi padre no caminaba. Golpeaba el suelo. Sus talones hacían bum-bum, bum-bum. Bum-bum. Abajo, de nuestro lado, el eco de sus pasos lo hacía vibrar todo, muebles, cristales, mesas, televisión.

Mi padre, sin duda también incapaz de conciliar el sueño, vaga por el primer piso inacabado.

Sus pasos decían otra cosa, también. ¿La ira? Sí, seguramente. ¿El miedo? Puede ser. ¿Las lágrimas secas? Ciertamente, pero nadie las veía.

Un león de circo envejecido de golpe, en una jaula suspendida. En su cuerpo, el aliento se va, poco a poco, noche tras noche, un paso tras otro.

Los revivo, esos pasos. Los oigo.

Mi padre anda por el cuarto del fondo. Cruza el patio. Vuelve atrás. Camina en círculo. Toca las paredes. Mira el cielo más allá del techo siniestro. Va lejos, hasta la otra habitación, la que da a la calle. Ya no lo oigo. Nadie lo oye.

El sueño está al acecho. Viene a liberarme. Me uno a él, por fin. Me voy. Viajo. Me olvido de mi padre. Ni siquiera le digo adiós.

Pero a ese hombre, familiar y extraño, le veo abrir la boca, va a decir algo, una palabra, un apellido, un nombre. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Zahira. Zahira. Zahira.

¿Por qué yo?

Desde París, años después, le contesto.

¿Qué quieres, papaíto? ¿Qué te hace falta? ¿Te duele? ¿Te duele mucho? ¿Dónde? ¿Dónde? Dime. Dímelo, ahora. He crecido. Acepto las cosas, hasta las incomprensibles. Enséñame dónde te duele. ¿En el vientre? ¿Dónde, en el vientre? ¿Los intestinos, otra vez? ¿Los espasmos atroces que heredaste de tu propio padre? ¿Es eso?

Cógeme la mano. Subo al primer piso. Aquí tienes mi mano derecha. Guíala. Verá mejor que yo lo que te atormenta, lo que te parte en dos, te hace perder el sentido, el rumbo, la respiración. Cógela, cógemela. Es tuya, viene de ti, esta mano. Estréchala. Acaríciala. Haz lo que quieras, lo que se te pase por el corazón y por la piel.

Habla, si es eso lo que quieres. Muere. Vuelve a la vida. Deambula conmigo, con mi mano, mi inconsciencia. Recorre a grandes pasos ese primer piso, como un ciego, un desesperado, como ese loco que eres a pesar tuyo. Vamos. Vamos. No te retengas. El amor no se termina nunca. No soy yo quien lo dice. No soy yo quien lo sabe. En alguna parte, en mi cuerpo oscuro, unas vidas deciden por mí como por ti.

Piensa en tu hermana Zineb. De pequeño, la adorabas. Vivíais todavía al pie de las montañas del Atlas cuando desapareció. Era tu segunda mamá, ¿no es así? Tu corazoncito tierno. El único corazón tierno. Una noche se marchó con tu padre en busca de un tesoro misterioso escondido en un bosque lejano. Una semana después, tu padre volvió sin ella. Nunca quiso contar qué había sucedido. De un día para otro, Zineb, perdida para siempre. No volverás a verla. ¿La han secuestrado? ¿La han vendido a alguno de esos señores ricos del campo? No estaba muerta. No estaba muerta. Es lo que te decías a ti mismo para no caer en la desesperación. Es lo que sigues contando hoy en día. Piensa en ella, papá. Piensa con todas tus fuerzas. Zineb. Zineb. Zineb. Yo también pienso en ella. También murmuro su nombre. La envidio, incluso. Su destino ha tenido que ser libre. Solo puedo figurármelo así. ¿Y tú, papá? ¿Cómo te imaginas la vida de

Zineb? ¿Larga, dichosa, plena? ¿Quieres reunirte con ella, ir hasta donde se encuentra ahora? ¿Es eso? ¿Me equivoco? ¿No entiendo nada de Zineb y su desaparición?

Yo era una ignorante. Soy una desgraciada. Y estoy sola. Tan sola en París. En el centro y sin embargo como en el confín del mundo.

Oigo tus pasos, padre mío. Vuelven. Existen. Caminas. Vas y vuelves. Cuentas, juegas, dibujas áreas, países, zonas sombrías donde se ve todo.

Estás enfermo ahí arriba.

Nosotros estamos abajo, casi en el sótano.

En casa nadie ha cambiado, nadie se ha movido. Nos miramos como antes. Nos rozamos. Estamos hartos de estar juntos. Hay que partir, es urgente. No tenemos otro sitio donde ir a soñar de otra manera. Entonces: cerramos los ojos. Dejamos de cantar. Comemos, meamos, cagamos, dormimos. Aquí nadie goza. La madre menos que nadie.

Tu hermana Dawiya ya no viene. Tu hermano mayor no la deja salir de casa. Ella le dice que te echa de menos. Él le contesta que tarde o temprano acabará por encontrarse contigo. Pero aquí no. En este mundo, no. No mientras él siga vivo.

Padre, llevas el miedo dentro. Pensaba que era un miedo frío. Me equivocaba. Ese miedo te mantenía en movimiento. La muerte crecía de forma acelerada en tu cuerpo, pero no era ella la que te hacía temblar.

Incluso después, en la tumba, en el cielo, no hay nada. No habrá nada.

Es lo que decías tú a veces, ciertos días negros. ¿No es así?

Te levantabas. Te ponías a andar. Más. Más. Y esa certeza se convertía, cada noche, en esa primera planta sin acabar, en una verdad absoluta, indiscutible.

Querías respirar el decorado de tus últimos meses centímetro a centímetro. Depositar en él un pequeño soplo. Un secreto. Mejor que un recuerdo. Un grito.

Papaíto, solo para aliviarte en tu tumba, quiero pensar que hay algo después. Como tú, dejé de creer. Ahora he cambiado de opinión. La vida no se detiene. La muerte no puede existir por todas partes. El cuerpo no se termina. Habla con otra lengua. Se reinventa, sin cesar. Allí arriba se transforma.

Hoy te lo dice mi mano. Escúchala. Transmítele un mensaje, una tarea, una mirada para mí. Y camina. Camina. Camina en tu primera planta. Ya no me molestas. Me he convertido en lo que soy. Es mi naturaleza. Una prostituta. Vienen a mí, en mí, para saciar su sed. Todos. Hombres y, a veces, mujeres. Ya no resisto a ese destino. Se

acabó el tiempo de la lucha.

Fumaste toda tu vida, padre mío. Salvo los dos últimos años. Nos llenabas la casa de humo todos los días. Nunca se quejó nadie.

Hay quienes fuman arrogantes, distantes, egoístas. Tú no. No con tus cigarrillos baratos. Tengo en la nariz, la lengua, la garganta, el gusto de esos cigarrillos. Fumaste cuatro marcas. Las de los pobres, claro. Empezaste por Dakhla. Diez años. Antes de que naciera yo. A mediados de los años 1980, te pasaste a Favorites. Y en 1990, justo después del mes de ramadán que tanto te hacía sufrir y que te gustaba tan poco, adoptaste Casa. De Casablanca. No le tenías ningún cariño a esa ciudad, demasiado ruidosa, demasiado poderosa. Pero te encantaban sus cigarrillos.

Te caíste de forma extraña. Yo no te vi pero la imagen de ese momento se ha repetido tantas veces en nuestra casa. La madre contaba cada detalle de la caída para ponernos en guardia.

«¡No fuméis! ¡No fuméis! ¡Acordaos siempre de lo que le ha pasado, de su terrible enfermedad!»

Tengo 40 años. No he fumado nunca. Seguí su consejo. Su relato.

Vivías todavía entre nosotros, en la planta baja. Un jueves por la mañana no quisiste ir al hammam. Seguramente porque estabas harto de cruzarte con los vecinos, todos malvados, celosos y mezquinos. Te asomaste al patio y gritaste:

«¡Preparadme el agua caliente!»

No era un grito como los de antes. De repente tu voz necesitaba hacer un esfuerzo sobrehumano para dar una orden y a la vez esconder tu debilidad. Te traicionó. Exhibió ante todo el mundo las últimas huellas de una virilidad en peligro de extinción. ¿Lo sabías?

Entonces, de manera oscura, entendí que algo malo iba a ocurrirnos.

Mi papá va a derrumbarse. Hay que impedirlo.

Estaba sola en nuestro cuarto. Contesté con unas palabras pobres, monótonas, sin emoción:

«¡De acuerdo!»

Cuando el agua se calentó bien en el gran hervidor, la puse en el minúsculo aseo en el que tan solo cabía un inodoro turco. No teníamos cuarto de baño. Ahí era donde nos lavábamos si estábamos impuros y había que purificarse urgentemente.

¿Estabas impuro o simplemente sucio?

Aquel día no me lo pregunté.

¿Cuándo entraste en el aseo?

Como un gato en plena noche, cruzaste el patio a hurtadillas y te

buscaste tu propia intimidad en ese espacio tan estrecho.

De repente oí cómo se desabrochaban la bragueta y el cinturón. Cayó el pantalón.

Hiciste el resto en silencio. Abriste el grifo. Acercaste el hervidor. Enfriaste un poco el agua caliente. Luego vertiste todo en el pequeño barreño rojo.

Con las manos juntas, empezaste a rociarte. Oigo el agua, su recorrido: sale de tus manos, se dirige a tu cuerpo, tu busto, tu pecho, tu cuello, tu barbilla. El resto de tu cara.

El agua caliente, deliciosa, llega, te golpea. Tú dices:

«¡Allaaaaahhhh!»

Sonrío.

Vuelves a empezar.

El agua. Tu cuerpo. Tu piel. Tu desnudez. Tus exclamaciones de placer.

«¡Allaaaahhh!»

Otra vez. Y otra.

Estás bien, tan bien. Ya no eres débil ni lo serás nunca más. Ese pequeño momento con el agua caliente te hace creer que la soledad puede ser gozosa. Eres un niño. Juegas. Te olvidas. Olvidas que pueden oírte, seguir de lejos e imaginar con precisión lo que estás haciendo.

Debería estar pelando la verdura. Lo he dejado. Te escucho.

«¡Allaaaahh! ¡Allaaaaah! ¡Allaaaahhh!»

No te avergonzabas de expresar así tu alegría. Yo no me avergonzaba de espiarte.

Dos metros separan el cuarto de los hijos, donde me encontraba, del aseo. Tu placer los había hecho desaparecer. Yo estaba contigo.

Pero me fui demasiado pronto. Alguien llamaba a la puerta. Y no te salvé.

La madre nos contó lo que pasó luego. Se lo contaste tú una semana después.

Esto dijo. Está todo en mis oídos. No es muy largo. Es preciso. Muy preciso.

«Después de lavarse, quiso hacer las abluciones como Dios manda. Se dio cuenta de que no le quedaba mucha agua caliente. Miró bien el fondo del barreño rojo. Cinco segundos. Decide que podría bastar. Irá con cuidado.

»Empieza las abluciones. Las partes íntimas. Delante. Detrás. La boca tres veces. La nariz tres veces. La cara tres veces. Cada brazo tres veces. Cada pie también. Luego las orejas. La cabeza.

»Lo ha conseguido. Se siente aliviado.

»Se levanta. Ve que aún le queda algo de jabón en las axilas. Pero ya no tiene agua caliente. Entonces se aclara con el agua fría del grifo. Grave error, cuyas consecuencias percibe de inmediato. Se dijo: "Mi cuerpo estaba en verano y ahora está en invierno. Seguramente caeré enfermo". Lo adivinó. Creía que iba a coger frío. Cogió algo peor.

»Fue culpa suya. Fumó casi toda su vida. El frío y el calor mezclados tan cerca de un pecho frágil, agujereado por todas partes, como el suyo, como si quisiera… Como si quisiera… sui… sui… Como si hubiera decidido todo ese día, en aquel justo momento…»

La madre no se atrevía a pronunciar el verbo. Le daba miedo. A nosotros también nos daba miedo.

Suicidarse.

Siempre terminaba así el relato:

«Ya estáis avisados. Tened cuidado cuando os lavéis las axilas. El frío y el calor juntos, o uno después de otro, en las axilas, ¡nunca! ¿Habéis oído? ¡Nunca!»

¿Cómo esa mujer, esa madre, pudo olvidar que no se trataba de un extraño, de un vecino, de su enemigo, sino de su marido, de nuestro padre? Su cuerpo es nuestro cuerpo. Incluso enfermo, es nuestro, de los nuestros.

¿Por qué protegernos de él? Lo que tiene, lo que tenga, acabaremos por cogerlo también nosotros. ¿Por qué, pues, esa distancia? ¿De qué sirven esas patéticas advertencias?

«Alejaos, alejaos…»

Enseguida te llevaron al gran hospital, a la capital Rabat.

Yo estaba en el instituto. No volví a casa a comer. Un hombre, que merodeaba a mi alrededor desde hacía cierto tiempo, consiguió llevarme hasta su apartamento. Penetró en mí. Y dijo: «Veo que no soy el primero. Estoy decepcionado. Muy decepcionado». No bromeaba. Después me soltó cincuenta dírhams. «Para que te compres algo. Un pintalabios, por ejemplo.» Tampoco bromeaba.

Por la noche, cuando puse los pies en casa, sentí que el ambiente no era el de siempre.

«Se lo han llevado…»

Fui al aseo. Respiré profundamente. Papá sigue aquí. Estás aquí… Estás aquí…

Con la bata escolar todavía puesta, salí a caminar. Mis pasos me llevaron hasta el campo de fútbol, vacío. Los cincuenta dírhams estaban en el bolsillo izquierdo de mi pantalón. Tres billetes: dos de veinte y uno de diez. Los rompí en mil pedazos. Me agaché. Hice un

agujerito. Los enterré.

Sin dejar rastro. Día de luto por adelantado. Día de fin. De todo. De absolutamente todo.

¿Cómo vivir después de eso, después de esa partida?

Una casa sin padre. Solo la madre: dictadora ufana, en toda su majestuosidad.

¿Llorar? No. Las lágrimas son inútiles. ¿Volver a casa? Sí, pero solo físicamente.

¿Me oyes, papá? Por fin me doy cuenta de lo que viví, de lo que perdí.

No me rebelé.

Nunca volví a ver al hombre de los cincuenta dírhams.

Pero fui a ver a Sawsan la irlandesa. Mi única amiga. Vivía en el casco antiguo de Salé y con ella aprendí, poco a poco, a protegerme de los hombres a la vez que les hacía pagar.

No le conté nada de lo que había pasado en nuestra casa, de lo que me pasaba a mí. Pero en cuanto me vio, adivinó lo mal que estaba.

Me llevó al peluquero y le pidió que me tiñera de rubia. No protesté.

Mi cara, con ese nuevo color, se transformó. Mis ojos se hicieron más grandes. Mi nariz, más pequeña. Mis mejillas se hundieron. Y, rodeando mi cabeza, fuego.

El peluquero hizo lo que le dio la gana. Me masajeó, mucho tiempo. Me tocó, suavemente, de manera diferente. Me acarició la nuca, la cabeza, la frente, las mejillas.

No quería hacerme daño. Sus manos iban y venían alrededor de mi cabeza. Jugaban con mi pelo. Tiraban fuerte, muy fuerte. Me gustaba eso: un poco de violencia.

Las manos del peluquero se parecían a las tuyas, papá. Exactamente las mismas. Anchas. Interminables. Manos para otro cuerpo, para otro mundo.

Cerré los ojos. Todo el tiempo.

Mi amiga Sawsan estaba cerca. Devoraba todos los números de la revista *Al-Mawed* que había en el salón. Cantaba. Palabras en inglés. Tristes y dulces. De las que alivian a fuerza de repetirlas. No las entendía. Las conocía. Era una canción de ABBA.

Sawsan viene de lejos. Tiene pecas por todo el cuerpo. Su pelo es de color rojo y huele muy bien. Viene realmente de lejos, de muy, muy lejos.

En el siglo XVII, los piratas de nuestra ciudad, Salé, atacaban los navíos de los cristianos, de los infieles, de los europeos que pasaban junto a Marruecos. Robaban las riquezas que transportaban y los

hundían. Se dice que trajeron a Salé en varias ocasiones a mujeres cristianas, raptadas. Irlandesas. Las convertían al islam, a la fuerza. Se hacían enseguida árabes, musulmanas. Más aún: mujeres de Salé. Guardianas mejores que nadie de esa memoria corsaria, de un alma un poco loca, un poco guerrera, siempre incontrolable.

Está ahí, delante de mí. Sawsan, mujer de antes, de otro tiempo. Tierna. Maquiavélica. Me lo ha enseñado todo. El amor, el sexo, los secretos. Se lo debo todo. No se lo reprocho.

Más tarde, el mundo acabará por hacer de esa irlandesa algo distinto de lo que estaba previsto. Abandonará de un día para otro el oficio de alcahueta. Irá a La Meca a arrepentirse y purificarse.

¡Madre de familia, Sawsan! ¡Nunca lo habría creído!

Me han dicho que ahora tiene tres hijas, pelirrojas como ella, y que son tan blancas y extrañas como ella.

Sawsan me llama a veces. Le mando dinero. No demasiado.

Sawsan sabe que te has ido, papá. Sin embargo, cada vez me pregunta lo mismo al teléfono: «¿Cómo va tu padre?». Y, al final, me pide siempre que te salude de su parte.

Rezó por ti en La Meca. Allí dijo tu apellido y tu nombre. ¿Te hace ilusión, ahí arriba?

¿Oyes las oraciones que rezo por ti cada día?

¿Te acuerdas aún de François Mitterrand, el presidente de Francia? Ahí, donde estás, de un cielo a otro, ¿te tropiezas con él alguna vez? ¿Sigue igual, flaco y duro? ¿Ha cambiado de mirada, de personaje? ¿El cielo le ha sentado bien? ¿La muerte lo ha aliviado?

Era invierno. Se acercaba el tiempo de la partida definitiva.

El otoño te había perdonado, pero en cuanto el frío se instaló de verdad en Salé dejaste de caminar. Ya no andabas en círculo en la planta de arriba. Casi ya no te levantabas para estirar las piernas, para hacer como que resistías todavía. Te quedabas acostado. Día y noche, noche y día. Ni siquiera veías ya la televisión. La pequeña pantalla de tu televisor te exigía un esfuerzo de concentración demasiado grande. Tus ojos ya no conseguían converger. Veías doble. Y eso aumentaba el cansancio, el desasosiego, las preguntas demasiado profundas y sin respuesta.

¿Qué hacías entonces? Dime, papaíto, dímelo…

«Soñaba… Me preparaba… Ya no estaba aquí, en esta vida.

—Eso ya lo sé, papá… Pero ¿qué más?

—Aprendía a dejar de respirar. A pasar sin el aire de aquí, de este mundo donde sigues viviendo tú. Interrumpía la respiración. Mi respiración. Y veía qué sucedía.

—¿Qué? ¿Qué, papá?

—Me elevaba. Ya no estaba enfermo. Mis pulmones, que me habían traicionado, se renovaban, se regeneraban.

—¿Renacías?

—No.

—No entiendo, papá…

—No quería seguir en la vida, una vida sin sabor, el de la sal, la sangre, el azúcar.

—Mamá ya no subía a verte por la noche, lo sé. Lo sé.

—Ella me mató.

—No digas eso, papá.

—Me mató. No la protejas.

—Sí, papá. Pero a veces también la comprendo. El mundo le pedía demasiado. Era ella la que debía controlarlo todo, gobernarlo todo, organizarlo todo.

—Te digo que fue ella quien me mató. Me mató fríamente. No me hagas enfadar, Zahira.

—De acuerdo, papá. De acuerdo, papaíto. Hablemos de otra cosa. Hablemos de François Mitterrand. ¿Por qué te gustaba?

—No me gustaba.

—¿Estás seguro de que no te gustaba?

—Segurísimo.

—¿Por qué bajabas, entonces, a nuestro piso, para ver las últimas imágenes de su vida, su visita a Egipto, su funeral?

—Quería atrapar su muerte.

—¿Has dicho «atrapar su muerte»?

—Estaba más avanzado que yo. Se encontraba ya en la otra orilla. Estaba vivo y muerto. Quería verlo en grande, reconocerme en él gracias a la televisión. Como un hermano enemigo, un traidor que al final va a tenderme la mano.

—Pero tú también tenías miedo. Lo recuerdo muy bien. Te acercabas a mí. Te calentabas a mi lado. Ponías una manta sobre nuestras piernas, por un momento pegadas las unas a las otras, sobre nuestras rodillas.

—No tenía miedo. Te equivocas. Aprendía la muerte gracias a él… Y me acordaba, al mirarlo, de mis años de soldado francés en Indochina.

—¿Indochina? ¿Estuviste en Indochina?

—Luché por Francia en Indochina.

—¿Cuándo?

—Hace tiempo.

—¿Con François Mitterrand?

—No… Fue atroz. Atroz. Atroz. Maté a tanta gente a la que no

conocía, asiáticos que no me habían hecho nada… En Indochina, yo también quise irme para siempre. Que me mataran, quería desaparecer como mi hermana Zineb. No volver. Volatilizarme. Dejar de existir de golpe. De alguna manera ir, por fin, a reunirme con Zineb…

—Nunca olvidaste a Zineb…

—Zineb… Zineb…

—¿Y después? ¿Te quedaste mucho tiempo en Indochina?

—Se terminó la guerra… Francia también me expulsó… Me devolvió a Marruecos y me olvidó.

—¿Nunca recibiste una indemnización?

—No.

—¿Por culpa de François Mitterrand?

—Puede ser.»

Nunca lo entenderé. Sin embargo, lo he intentado. ¿Puede aprenderse la muerte?

Quitarse la vida, eso sí puedo concebirlo, verlo en mis ojos: los pasos a seguir. La decisión irrevocable. Un pequeño taburete. Una cuerda. El final de la noche, justo antes de la voz del muecín que, sola, llama a la primera oración del día.

Lo veo todo. Lo que has hecho, papá. No te guardo rencor. No temas.

El taburete se cayó. Aún hoy, sigo oyendo el sonido de esa pequeña caída. Un sonido seco, rápido, limpio, sin eco.

TAC.

La vida se va. Tú te elevas. Ya no respiras. Has aprendido a no hacerlo. A prescindir de ello. Tampoco se tarda tanto.

Lo oí, ese TAC. Abrí los ojos. Pensé: «Es seguramente un gato que pasa». Volví a cerrarlos. Volví a sumergirme en el sueño sin siquiera un pensamiento para ti.

Tú estabas justo encima. Te ibas de este mundo.

Pasó el gato.

Volví a dormirme.

Era viernes. Día santo. Día blanco.

Lloraron todos.

Yo no.

Escondimos lo esencial. La vergüenza. Dijimos: «Un infarto». Yo también lo dije.

Esa noche, en la terraza donde preparábamos la comida del funeral, Sawsan la irlandesa me enseñó algo nuevo.

Habló de otra forma. Con una voz nueva.

«A partir de ahora estarás sola, Zahira. Sí. Sí. No voy a mentirte. Pero no siempre. Gracias a tu voluntad mística, podrás mantener el vínculo con tu padre. Sin tener que acudir a los brujos. No. Comiendo, simplemente comiendo. En el cielo, lo recibirá todo, comerá contigo lo que hayas cocinado pensando en él. Tu padre te dio la vida. Fue él, no el cielo, ni los dioses, ni las estrellas. Tú saliste de él. Ahora que está lejos, atráelo hasta ti, a tu cuerpo, a tu soplo de vida. ¡Cómetelo! Prepara té con menta muy azucarado. Haz regaifas. Cinco. Bebe todo el té. Come todas las regaifas. Cada trago será para él. Cada bocado también. Tú serás dos. Vivirás por él y por ti. Para realizar el milagro, solo hace falta esa cosa sencilla, trivial: el alimento. Cocina poniéndole un poco de ti, de tu piel, de tu olor, de tu sabor. Tú serás tu padre. Estará para siempre en ti.»

Sí, yo soy tú, padre mío.
Tú moriste joven. Yo morí contigo.

2

ANTES

Mañana me la corto. ¿Me oyes, Zahira? Paso al acto. Es definitivo. Dios lo quiere. No soy yo. ¿Sigues apoyándome? ¿Crees que hago bien? Mañana me la corto del todo. Quedará borrada. Desintegrada. No voy a sufrir. Estaré dormido. En su lugar, tendré otra cosa.

Un hueco.

Me operará el doctor Johansson. Confío en él. No es francés. Es sueco, de Estocolmo. Es él quien me lo ha dicho. Es rubio, por supuesto. Y guapo, muy guapo, por supuesto. Desde que empecé con el protocolo de tres años, sueño con él, me lo imagino quitándose la bata demasiado blanca de doctor. No sé su nombre. Me basta con el apellido. Desde el principio de esta semana, cada noche, repito su apellido para dormirme: «Doctor Johansson. Doctor Johansson. Doctor Johansson. Doctor Johansson. Doctor Johansson. Ven. Ven. Ven y córtamela. ¡Oh, sí! ¡*Please*! ¡*Please*, doctor!».

Me la corto. ¿Me oyes, Zahira? Ya no la quiero. ¡Qué alivio! ¡Qué suerte! ¡Abandonar por fin ese maldito territorio de los hombres! Salir. Partir. Cambiar. Mostrarme por fin. Les guste o no. Seré otro. Yo misma.

ME LA CORTO.

Sin polla. Sin verga. Sin picha. Sin excrecencia. Sin esperma. Sin cojones. Sin esa cosa inútil entre las piernas que lleva jodiéndome la vida desde siempre.

¿Entiendes? ¿Te parece gracioso? ¡Entonces, ríete! ¡Ríete un poco, Zahira! ¡Olvídate de tu desgracia! ¡Olvídate de tus pobres clientes parisinos sin blanca y ríete! ¿Qué pasa? ¿Otra vez has bajado los precios? ¿Sí? ¿Es eso? ¡Pobre! ¡Pobrecita! Me desesperas, de verdad… Quédate un poco conmigo, ¡te lo ruego! No me desconcentres. De todas formas, tus ataques de ansiedad no pararán nunca. Más vale que nos concentremos en mi gran día.

Mañana seré como tú. Mañana me tomo la revancha. Mañana los jodo a todos. No voy a olvidarme de mi odio por ellos. No y no. Lo conservaré. Me permitirá sobrevivir ahora y siempre en este mundo de

perros rabiosos, de gilipollas permanentemente sedientos. Voy a mimarlo, mi odio. Le haré un pequeño mausoleo en mi apartamento. Solo para él. ¿Me sigues, Zahira? ¿Tengo razón o no? Tu motor no es el odio, ya lo sé. El mío, sí. Desde siempre y para siempre. Si pudiera, los mataría a todos. Uno tras otro. Los pondría frente a la tapia. Los miraría a los ojos. Retrocedería un poco, solo un poco. Y luego haría una señal a mi ejército. Mis enemigos serán fusilados en dos o tres segundos. Asistiré a su muerte, lenta o rápida. Satisfecha. Gozosa, por fin.

¡Ay, qué vida y qué venganza!

Me he merecido esta revancha. He pagado por ello. Lo he dado todo. Mi piel. Mi sexo. Mi culo. Hice posibles todas las fantasías que tenían en sus pobres mentes los clientes reprimidos. Tú lo sabes, Zahira. Has sido un testigo privilegiado. Me partía el lomo a fuerza de agacharme cada noche, curvada durante horas, en medio del frío glacial de la Porte Dauphine. En medio de sus burlas, sus estupideces. Su cobardía.

Mi apartamento, detrás del metro Blanche. Es mío. Me las arreglé como una auténtica tigresa, una auténtica diablesa, para conseguirlo. He trabajado sin parar. Yo no soy como tú. Cuando el brujo yemenita de la Porte de Saint-Denis me propuso unos sortilegios más poderosos, diabólicos, para atraer aún más clientes, no dudé. Dije que sí. A muerte. No me hice la pura como tú. No dudé. No aparenté que seguía teniendo un corazón, unos valores. No. Eso no habría servido de nada. Tienen que pagar todos esos hombres, esos frustrados, esos hambrientos del sexo, esos imbéciles. Quiero todo su dinero. Todo. Todo lo que pueda conseguir. De cualquier modo, no me gustan. Ni en Argel, donde me violaron gratis durante años, ni aquí, en este agujero que aún hay quien se atreve a llamar la ciudad más hermosa del mundo.

¡Y un huevo! ¡Mi huevo, sí, pero nada de la ciudad más hermosa del mundo!

Mi apartamento es magnífico. Jean-Jacques y Pierre lo decoraron muy bien, y gratis. No se me olvida. Pero, en contrapartida, les presté no sé cuántos servicios durante años a esos dos parisinos. Les cociné un montón de cuscús y de tayines. Los llevé al hammam de Barbès a menudo y me ocupé de sus cuerpos a las mil maravillas. Peeling. Masaje. Con regularidad, al menos dos veces por semana, satisfice su libido desbordante. Un polvo con este. Una felación rápida con este otro. Dos dedos en el culo de Jean-Jacques. Uno solo, el pulgar, en el de Pierre. Solo se corren así. Y luego dicen que no son pasivos… ¡No, seguro! ¡Y yo, si te descuidas, la virilidad encarnada! Tú también los conoces bien, Zahira. Ves a qué me refiero. De vez en cuando te llaman a ti para otros servicios. Me enteré. No te molestes en negarlo.

No me importa. Es algo solo entre tú y ellos. Bien lo sabes, esa vieja pareja demasiado parisina, que se ha olvidado por completo de ese rincón perdido en los Vosgos, de donde viene, solo aguanta gracias a mí. Ya te he explicado que están en contra de mi operación. Intentaron todo para disuadirme. Dicen que me arrepentiré. Que es irreversible. Que no calculo las graves consecuencias que tendré que soportar después.

Pero ¿y qué más me da a mí?

Fardan de intelectuales, esos dos maricones. Tendrían que poner los pies en la tierra un día de estos. Míster Jean-Paul Sartre y la Señora Simone de Beauvoir, se acabó. Hace mucho tiempo. Incluso antes de finales del siglo pasado. ¿Sabes si están al corriente? ¿Hablas con tus clientes de esas cuestiones tan sesudas?

Perdón. No quería burlarme de ti… Tú, toda Francia está al corriente, eres especialista en salvamento humanitario. Solo ofreces tu sexo a los inmigrantes sucios y sin blanca. Así que no te quejes de vivir en esa jaula de dieciocho metros cuadrados en Barbès. Cuando te conocí, vivías en nueve metros cuadrados. Diecisiete años después, tienes el doble. ¡Bravo, Zahira! ¡Bravo, la marroquí! Seguro que tus compatriotas se avergüenzan de ti. Tienes 45 años, ¿no es eso?

Bueno, bueno, dejo de hacerme la tonta contigo. Pero al menos, me gustaría saber de qué te sirve ese brujo bereber tuyo de Agadir. ¿Y sigues viéndote con el judío de Les Halles? ¿Sigue haciéndote los sortilegios que necesitas de verdad? ¿No te parece que estás estancada, que pierdes todos los trenes sin cuestionarte nunca?

¡Contesta! ¡Contesta!

Venga, venga, no te enfades. Ya sabes cuánto te quiere mi corazón. Lo digo por tu bien, yo… Bueno… Bueno… Vuelvo a mí. Hablo de mí. Es mejor. Es más gracioso. Más ligero. Más ocurrente. ¿A que sí? Soy yo la que cada noche se pone toneladas de maquillaje. No tú. Soy yo la que se pone minifaldas. No tú. Soy yo la que se pone pelucas. No tú. Y soy yo la que tiene más clientes. No tú.

No dices nada. Te he herido. Has venido a tomarte un té conmigo y yo convierto este reencuentro en un juicio. ¡Perdón! Es que tengo miedo por ti, por tu futuro. Todo pasa, muere, tan deprisa. Solo el dinero es verdadero y eterno…

Sigues sin decir nada. Te aburro. ¿Es eso? Coge un pastel. Son muy buenos, ¿no crees?… Los he comprado en La Bague de Kenza, como de costumbre. Llévate unos cuantos cuando te vayas…

¿Sigues viéndote con Hamdi el egipcio? Es él quien me da noticias tuyas cuando desapareces. Viene a verme con regularidad. ¿Me oyes? Con regularidad. Otro árabe gay incapaz de asumirse. Francamente, ¿de qué tienen miedo? ¿Lo sabes tú? ¿De follar? Dos sexos se

encuentran, se tocan, gozan juntos, vuelven a la infancia juntos. Es fácil de admitir, de entender, ¿no? Todos queremos echar un polvo. Bueno, todos no. Yo aspiro a otra cosa. Pero ellos, los demás, los que van en metro, sudan tinta todo el año para conseguir muy poca cosa, pagan los impuestos, el IVA, los que se creen más libres que tú y que yo, realmente, ¿de qué tienen miedo? ¿De que los traten de maricones por venir a verme? ¿Y qué? ¿De que los traten de mamones? ¿De bujarrones? ¿Y qué?

Me dan asco. Todos. No. Todos no. Hay que ser honesto. No todos. Algunos de ellos son unos románticos, solo quieren hablar un rato, reírse un poco, intercambiar besos con ternura.

Los demás tienen los bolsillos llenos de dinero. Nosotras estamos aquí para quitárselo. Es lo lógico. Algunos de ellos tienen casas en el campo o en la playa. Que manden a la mujer y a los hijos. Y que se den prisa en venir a verme. Estoy listo. Lista. Siempre. Y bien limpita. Eso siempre. Hasta cuando hacía la calle en Clichy, iba siempre con mis toallitas para bebés. Después de cada polvo, me limpiaba como Dios manda de su suciedad, de sus frustraciones nunca asumidas. Durante el día, hacen gárgaras con palabras que les llenan la boca para hablar de la libertad de la que gozan. Y por la noche vienen a esconderse conmigo y mis amigas brasileñas. ¿Tú lo entiendes? ¿No opinas? No eres especialista de ese mercado. Lo sé. De qué les sirven todas esas leyes si no les impiden reproducir el mismo mundo, bello por fuera y, en el fondo, profundamente reprimido. En última instancia, quiero creer que su Juana de Arco luchó realmente por la libertad y que sus ancestros inventaron los derechos humanos. En 1789. Pero, a fin de cuentas, ¿qué se encuentra en París, en el corazón de Francia? A una burguesía estrecha de miras, demasiado orgullosa de su cultura y siempre contenta de sí misma. Pequeñas tribus urbanas aquí y allá que me recuerdan a algunas que conocí en Argelia. En un lado como en otro, es todo lo mismo. Creen vivir libres de verdad y lo único que hacen es someterse al más fuerte, al más brillante.

¿Quieres los nombres de esas tribus bien francesas? Louis Vuitton. Hermès. Dior. Chanel. El Louvre. La Escuela Normal Superior donde enseñan esos lerdos de Jean-Jacques y Pierre. El Panteón adonde les encanta ir para prosternarse ante sus Grandes. Y luego se atreven a decirnos que están en contra de la esclavitud, que Dios no existe y no sé qué más tonterías por el estilo.

Bueno. Lo dejo ya. Estoy haciendo como ellos. Analizo demasiado. Cito nombres. Referencias. Caigo en las teorías. No me pega. Volvamos a mi polla. Será mejor.

Zahira. Zahira. Quiero un nombre como el tuyo. Suena tan bien, Zahira. Eres una *zahra*, querida. Una florecita. Eres una *zhira*. Una brisa que huele a *zahr*. El azahar. La flor del naranjo. Tú eres el

corazón. La locura. La sangre. La que hace feliz. Y sé de qué hablo. Las conozco a todas, aquí, a tus compañeras. Tus hermanas, como dices tú a veces. Pero solo a veces. No eres como ellas. Las otras chicas han renunciado. Tú, en el fondo, no. Sigues creyendo que pronto sucederá algo. Tus ojos se han vuelto tristes. Pero tu alma aún aspira al milagro.

Tú te salvarás, Zahira. No paro de decírtelo. Sé que solo me crees a medias. Te equivocas.

Ha concluido el protocolo de tres años. He seguido todas las instrucciones del doctor Johansson. He contestado a todas las preguntas de los psicólogos, de los psiquiatras y de los ginecólogos. He seguido al pie de la letra todas las instrucciones que me han dado.

Mañana me voy a cortar el sexo. Y en la sala de operaciones, justo antes de ponerme en manos del anestesista, pensaré solo en ti. No pensaré en mi madre. Ni en mi padre. Ni en ciertos hombres, tres, a los que amé con un amor muy puro. Te pondré delante de mi vista. Renunciaré a mí, hombre, masculino, inspirándome en ti. De tu cuerpo y tus redondeces. De tu olor que enciende todos los sentidos. De tu forma de caminar como si subieras una escalera muy despacio. De tus ojos que no bajas. Nunca. No tienes miedo. Lo afrontas todo. Pero siempre educadamente. Con clase. Quiero despertarme mujer con la misma mirada que veo en tus ojos. Fija. A veces dura, a veces insolente. Siempre elegante. ¿Dónde has aprendido a usar así los ojos? ¿Es herencia de tu padre? ¿De tu hermano mayor?

No, eres tú, nadie más, con esa mirada triste y que, sin embargo, no ennegrece el mundo.

Quiero la misma. La misma. ¿Estás de acuerdo? Sé que estás de acuerdo, amiga mía. Mi hermana poseída como yo.

Debes escoger para mí un nombre que se parezca al tuyo. Con una Z. Y una h. Y una a. Quiero aproximarme a la música que oigo en «Zahira».

Entonces, ¿cuál eliges? ¿Zouzou como la actriz Soad Hosny en la película egipcia *Khalli balak min Zouzou*? ¿Zineb, como la hermana de tu padre desaparecida no se sabe dónde hace mucho tiempo y que tanto me fascina? ¿Zahia, como tu tía que aún vive? ¿Zohra? ¿Zhira? ¿Zahra? ¿Zannuba?

Tienes delante siete nombres. ¿Cuál me irá mejor? ¿Cuál me hará ser un poco tú? Dime. Dime. ¿El último? Dime…

«Zannuba. Me gusta para ti ese nombre. Zannuba. Zannuba…

—¿Por qué ese? Encima a ese le falta una h. ¡Contesta!

—Cuando mañana seas mujer, estarás un poco más cerca de mí. Pero no serás yo. Inútil engañarse. No quiero hacerte partícipe, ni siquiera un poco, de mi maldición.

—¿Tú, Zahira, maldita?

—Así es como me siento. Es lo que veo.

—Te equivocas. Te equivocas por completo. Y deberías cambiar de opinión. Puede que los otros, ese mundo ciego e injusto, te echen sus insípidas y sucias maldiciones. Puede ser. Créeme, no te alcanzan. Estás muy por encima de ellos. De todo.

—Me ves con demasiado amor, Zannuba.

—¡Zannuba! Gracias. Gracias. Gracias por llamarme ya por ese nuevo nombre. Un nombre de verdad, por fin. De verdad gracias a ti. Así me lo tomo: milagro y maldición a la vez. De acuerdo, de acuerdo. De todas maneras, me da igual. Te quiero a ti, Zahira. Seré Zannuba para ti. Ya lo soy. Acabas de confirmármelo. Me has bautizado. Gracias. De todo corazón. Gracias por todas nosotras. No digas nada. No contestes nada. Ya no queda nada más por decir. Déjame tocarte. Cógeme la cabeza. Sóplame sobre la cabeza. ¿Hay que cerrar los ojos? ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Ya está? Yo he cerrado los ojos. No veo nada. Te cojo un poco de tu *baraka*… Abre tú los ojos ahora, Zahira. Toma otro té y otro pastelito… Escucha, Zahira, escucha lo que tengo que decirte… Soy Zannuba. Este es el principio de todo. De todas las historias de mi vida. De la noche que no debe terminar. De las palabras por inventar. De las identidades por desvelar… ¿Estás conmigo? Escúchame entonces… Escucha porque voy a hacer como Sherezade… Remontar el tiempo. Volver a los orígenes. Escucha… Escúchame bien, Zahira…»

LA TENTAÓN DE LA BARRA DE LABIOS

Estaban todas encima de mí. Un chaval de 8 años. Feliz. Siete hermanas para mí solito. Me querían. Se ocupaban de mí. De la cabeza a los pies. Varias manos que me tocaban. Me limpiaban. Me mimaban. Me masajeaban. Me embadurnaban con aceites y perfumes baratos. Yo me dejaba, siempre, sin cerrar nunca los ojos. Las manos, excitadísimas y alegres, se mezclaban, se confundían, se disputaban mi cuerpecillo.

Aquello sucedía en silencio al principio. Nada pesado. Se preparaba el acontecimiento. Concentración. En la alfombra verde, en el salón de los invitados.

En invierno como en verano, el ritual era siempre el mismo. Mis hermanas parecían obedecer a órdenes inaudibles que solo ellas podían captar.

Había que sacrificarme. Sabían qué hacer. Cómo transformarme. Entrar todas en mí, convertirse en mí, hacer de mí el vínculo con el cielo.

Nos escondíamos para aquella ceremonia. Cerrábamos bien la

puerta de la casa. Nos asegurábamos de que la madre se hubiera ido al zoco. No había nadie. Solo mis hermanas y yo.

Yo era feliz sin vergüenza: un sueño. Soy el único chico de la tierra. Soy la única chica de la tierra.

Esto era lo que sucedía: el Acontecimiento. Transformarse. Renacer. Retornar a los orígenes. Yo no hacía preguntas.

7 chicas + 1 chico = 8 chicas.

1 hermano + 7 hermanas = 8 hermanas.

La ley del número. Es la lógica la que lo exige.

Yo asistía a mi propia transformación. No era magia. Era real.

Mis hermanas traían todo. El caftán verde de nuestra madre. El pañuelo amarillo de nuestra tía Batul. Las babuchas azules de Saadia, nuestra hermana mayor.

Tres colores, pues: el verde para todo el cuerpo, el amarillo alrededor de la cabeza y los pies de azul.

Pletórico, ese pequeño ejército se disponía a llevar a cabo una gran operación.

La cara. Muy sencilla. Tres toques de nada. Kohl en los ojos. Carmín muy rojo en los labios. Y un poco de colorete en las mejillas.

Las hermanas se apartaban. Un poco alejadas, sentadas, formaban un círculo unido alrededor de la luz.

Esperaban.

Me tocaba a mí.

Me ponía de pie.

Pasaba, con la mirada, de una hermana a otra. Las saludaba tiernamente, amorosamente. Reconociéndome en cada una de ellas.

7. Cifra mágica. Impar. Yo soy el 8 que la completa. Y la prolonga hacia el 9. Soy a la vez el 8 y el 9.

Protegido por la mirada libre y benevolente de mis hermanas, vuelo, supero los límites de este mundo. Y tiendo el brazo. Una tras otra, se acercan a besarme la mano.

Yo era un chico. Ahora soy una chica. Rey y reina.

Vuelvo a la tierra.

Una de mis hermanas suelta una albórbola. Luego otra. Y otra más. Eso aumenta la alegría que reina entre nosotros. Nuestros ojos brillantes están a punto de estallar de felicidad.

Prosigue mi transformación. Me pongo a cantar.

Mis hermanas cantan también. Nuestras voces se mezclan unas con otras maravillosamente bien.

Bailo. Como una chica.

Bailo. Como un chico.

Nuestra dicha es grande. Nadie puede robárnosla. Nuestra unión es

eterna. Mis hermanas son mías. Nunca se casarán. Las leyes no están hechas para nosotros. Unánimemente, dejamos de reconocerlas. El presidente Bumedián ya no es nuestro presidente. Soy el Amo. El Ama. El pequeño dios. Estoy convencido de ello.

Al nacer me pusieron Aziz. «El amado». Lo soy. Por ellas. Por su bendición, me convierto en Aziza.

Aziz. Aziza. Pienso en ambos. Mientras sigo cantando y bailando, los mezclo.

Y me caigo. Sin hacerme daño. Soy un cuerpo en el suelo, en éxtasis. Las hermanas vienen sobre mí. Me comen a besos.

Sigo oyéndolos, esos besos tan sonoros.

Se detuvieron en torno a los trece años.

De repente hubo que ser Aziz todo el tiempo, únicamente Aziz.

Mi desgracia empezó en aquel momento, cuando se me dijo que se había terminado la infancia y había llegado la hora de revestir la máscara del hombre. No era un consejo. Era una orden repetida cada día y cada noche.

Muy deprisa, mis hermanas fueron marchándose, una tras otra. Las casaban. Las entregaban a hombres extraños que vivían en otro lugar, lejos, muy lejos.

Ya no vi más a mis hermanas.

No las olvidaba. Cada mañana y cada noche decía sus nombres.

Saadia. Hakima. Saida. Fathia. Halima. Maryam. Nadia.

Me quedé solo.

Estoy solo. Sin alegría. Sin magia. Sin inocencia.

Me habían mostrado el camino. El mundo lo ha destruido todo. Unos hombres brutales se han llevado, han raptado a mis hermanas. Las violan, lo sé, sin parar. Ellas no pueden decir nada.

Ahora tenían hijos, mis hermanas. Pero no quiero conocerlos. No quería saber ya nada de ellas, de su nueva vida.

El shock de nuestra separación me destruyó. Ya no conseguía hablar, ni comer, ni disfrutar de la vida. Sin los cuerpos de mis hermanas a mi alrededor, se perdió el sentido, se apagó la luz para siempre.

Una noche tomé una decisión: dejar de existir. Iba a dejar de ser un argelino. Un árabe. Un musulmán. Un africano. No iba a ser nunca más nada de eso.

Me hice duro. Un monstruo. Un degenerado. Sin un fin, sin una guerra que librar.

Se notaba perfectamente que me retiraba del mundo, pero nadie se acercó a tenderme una mano.

Más tarde, muchos años más tarde, me di cuenta del peso real de mi tragedia, entendí lo que me habían robado, a qué infierno me

habían precipitado. Me acuerdo muy bien de ese día.

El día en que volvió la tentación de la barra de labios.

Estaba con un cliente, el último, al final de la noche. En Porte Dauphine. La rutina. Más allá del cansancio. El hombre se aliviaba en mi trasero. No sentía nada. Buscaba en mi cabeza una canción de Warda. *Khalik hena* (Quédate aquí).

Los empellones del cliente se aceleraban. Yo me desanimaba. Nunca recordaría la canción. Sin embargo, seguí rebuscando en aquel tiempo de antes, allí, en Argelia.

Y por fin me vino. Me volvió. Solo una parte:

Quédate aquí, quédate.
Inútil irse de viaje.
Dices: ¡Solo dos días!
Y te vas un año.
Inútil irse de viaje.
Tengo miedo de mañana
Y de lo que pasará
En cuanto te marches.
Nos abandonarás todo un año.
Y dejarás aquí un amor lastimado.

Al canturrear bajito esas últimas palabras, «amor lastimado», «*habib mjrouh*», el pasado sepultado subió de repente a la superficie. Resurgió a través de un deseo preciso: la tentación del carmín en mis labios. Un carmín Chanel falso, seguramente fabricado en China. Necesitaba ese y no otro. Reencontrar rápidamente, como en una urgencia vital, mi infancia, la alegría en medio de mis hermanas, yo de niño en la gloria por la magia de la barra de labios barata que utilizaban mis hermanas.

Acababa de llegar a París. Me prostituía vestido de muchacho árabe algo asilvestrado, de allá, de Argelia. Es lo que les gustaba a los clientes, que oliera a pueblo, a la brutalidad de la aldea, según decían ellos, encantados.

El cliente iba a correrse de un momento a otro en mi culo. Me erguí ligeramente. Eso lo excitó aún más. Miré al cielo en busca de una señal que estaba a punto de llegar, lo sabía.

El cliente, ruidoso, eyaculó en mí. Mi instante preferido, una de las razones por las que me dedicaba a este oficio. Era caliente, suave, nutritivo. Sentía el esperma de ese cliente habitual abriéndose camino en mí, remontando lejos, dejando su marca por todas partes.

Así apoyado y caldeado, tuve la fuerza, el poder, de leer la señal que me indicaba dónde ir para comprar la barra de labios de mis

hermanas, Chanel, falsa y barata.

A Tati.

Ahí me dirigí al día siguiente, al Tati de Barbès. Nuestros grandes almacenes, nuestras Galeries Lafayette, ¿no es así, Zahira?

¿No es así?

¡Zahira! ¡Zahira! ¡Zahira! ¿Te has dormido? ¿Estás durmiendo de verdad?

¿Para qué seguir con mi historia, entonces?

Duerme. Te pierdes lo esencial: ese momento en que, después de encontrar la barra de labios, entendí que había que volver al pasado, retomar la historia donde se había quedado, en Argelia, a los 13 años.

Dejar mi sexo, mi género, a los hombres, ser una mujer. Ser una de mis hermanas. Con ellas. Lejos de ellas. Cortar todo lo masculino en mí para volver a ser yo. Para reconciliarme con el chico en la gloria que fui un día. Escucharlo. Realizar su sueño. Su verdadera naturaleza. Amarlo de nuevo, por fin.

Mañana, al final del día, iré al hospital Saint-Louis. Me introducirán en el quirófano a las 19h30. A las 21h00 el doctor Johansson empezará la operación.

Me la cortarán.

Tú estarás entonces con tus clientes de la noche, Zahira.

Pensarás en mí, ¿eh? Pensarás en mí. Debes hacerlo. Porque yo ya no tendré acceso a nada, ni a mí ni a mi cuerpo. Ni a mis esperanzas.

Piensa en mí. Reza por mí, a tu manera.

Solo te tengo a ti, Zahira.

3

EN EL CENTRO

Me gusta París. Es mi ciudad. No tengo papeles franceses pero nadie puede poner en duda ese derecho mío. Esa pertenencia. París es mi villa, mi reino, mi camino. Aquí es donde quería yo venir. Huir. Crecer. Aprender, libre, el mundo. Caminar sin miedo por todas partes. Caminar. Caminar y caminar. Hacerme puta. Oficialmente. Asumirlo.

Aquí es donde quiero morir. Aquí quiero escribir mi testamento. Legaré todo lo que tengo al hijo de mi portera. Vienen de un suburbio de Lille. Son tan pobres. Ella solo lo tiene a él. Él solo la tiene a ella.

Él tiene apenas 9 años. Se llama Antoine. Estoy enamorada de él.

Antoine: pajarito francés encantador.

Antoine: amorcito con alas bien visibles.

Antoine: genio y mago.

Antoine lo entendió todo, adivinó por sí solo cuál era mi oficio, Antoine. Cuando su madre lo manda a darme el correo, me mira, amable. No dice ni una palabra. Me agacho. Me da dos besos en las mejillas, muy lentamente.

Su piel es como la leche. No necesito chupársela para adivinar a qué sabe, su gusto dulce y su gusto salado. Miro a Antoine, Antoine me mira.

Más tarde, cuando sea un poco más mayor, me pedirá algo, también él. No le negaré nada. Le abriré mis brazos tiernos.

Me gusta su nombre. Me gusta su manera de dar un paso detrás de otro. Me gusta cuando, a veces, lo sorprendo sentado en la escalera de la casa, llorando. No lo interrumpo. Dejo que derrame las lágrimas hasta el final. Una vez, una sola vez, me dijo por qué lloraba.

«¡Rex ha muerto, Zahira! ¡Ha muerto!

—Pero ¿quién es Rex, Antoine?

—El perro de… mi tía… en Lille… ha muerto.

—¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¿Y acabas de enterarte?

—No… Me enteré hace un mes…»

Me senté a su lado. Él siguió llorando. Luego apoyó la cabeza en mi pierna.

«Rex ha muerto.»

Me acordaré toda la vida de esa pequeña frase. Antoine me dio lo más bello, lo más excepcional. Un recuerdo precioso y puro.

El perro Rex llevaba ya muerto varias semanas. Antoine, un pequeño ser de 6 años entonces, acababa de entender, de darse cuenta de algo. El sentimiento de la pérdida. La necesidad de un rincón solitario donde refugiarse. El deseo de desahogarse, de consuelo, de que lo quisiera alguien.

En mi testamento solo está él.

Solo estará él. Antoine para mí representa París. París y la vida.

Vivo en esta ciudad desde los diecisiete años. Debería odiarla, maldecirla, abandonarla. Irme a otra parte: reunirme con mis amigas que se hacen de oro en Suiza, en Ginebra y en Zúrich sobre todo. No paran de insistirme. Según dicen, hacen falta chicas allí. Las marroquíes tienen mucho éxito con los suizos, que son siempre generosos, también con ellas. Pero a mí el dinero no me interesa. No es ese mi motor, lo que me empuja a abrirme de piernas con los clientes. Tampoco es que tenga muchos, por otra parte, he de confesarlo. Qué más da. En mi edificio está Antoine:eso es importante. Y a dos estaciones de metro está Iqbal: mi esrilanqués.

Mi amor.

Cometí un grave error con él. Después de conocerlo y de declararle mi amor, seguí ejerciendo mi oficio. Un día acabé acostándome con dos de sus amigos, sin saber que lo eran. Una semana después me vieron con él en su tintorería de la Rue des Martyrs.

Por supuesto, se lo contaron todo.

Iqbal cortó inmediatamente toda relación conmigo. Incluso cambió de número de móvil.

Había llegado la hora de la verdad. Tenía que tragarme mi orgullo y pasar al contraataque.

A pesar de todo dejé que transcurriera una semana antes de presentarme una noche en su tintorería.

Iqbal estaba haciendo las cuentas. Cómo le gusta, la pasta, el dinero. Y, por extraño que parezca, es lo que me gusta de él. Su faceta de organizador y, siempre, de previsor.

Me digo que sin duda será un buen padre.

Me he enamorado de él. Quiero obligarlo a que se case conmigo y tener, rápidamente, niños. Todavía me quedan dos años más o menos para cumplir esos dos milagros. Tengo 40 años. Según parece, se

pueden tener hijos hasta los 45. A condición de haber dado a luz antes. Lo que no es mi caso. Pero bueno, Iqbal va a hacer posible todo eso por mí y en mí. Con él me convertiré en madre. Lo sé. Y punto.

Por supuesto, en cuanto me vio cruzar la puerta de la tintorería, se comportó amablemente, muy cortés. Como de costumbre, bajó los estores. E hicimos el amor en el suelo, como locos: una explosión interminable.

Esa es otra de las razones de mi pasión por mi guapo esrilanqués. Sexualmente, hemos venido a la tierra para estar juntos: el uno dentro del otro.

Está encantado con que lo domine, juegue con él, lo toque, lo chupe, lo muerda, lo retuerza en todos los sentidos. Y para correrse, siempre quiere que lo penetre. Un dedo. A veces dos. Gracias a los consejos de mi amigo argelino Aziz, he aprendido a ejecutar eso a la perfección, lentamente, suavemente.

Conozco a las mil maravillas el funcionamiento sexual de mi Iqbal. Todos sus secretos, todas sus vergüenzas.

Yo me corro rara vez con él. Pero no me importa en absoluto. Puedo conseguirlo sola cuando quiera, donde quiera.

Iqbal me necesita. Solo yo lo entiendo. Y además soy musulmana y árabe. Es decir: la fantasía por excelencia para los esrilanqueses, los pakistaníes, los hindúes y sus primos. Una musulmana con la que Iqbal se deja llevar, se abre completamente sin miedo.

Y eso me gusta. Que Iqbal se convierta en mi mujercita. Y, después, cuando acabamos, que vuelva a ser hombre. El hombre.

Iqbal lo es, de todas formas, no hay duda alguna. Basta con verlo andar por la calle, mirar por encima del hombro a los demás, hablarles con una autoridad natural, despreciarlos, a veces, darles solo lo que a él le apetezca. En la escala de los inmigrantes en Francia, está abajo del todo. Pero le da igual. Los franceses blancos, demasiado arrogantes, es algo que no le impresiona en absoluto.

No le tiene miedo a nada.

Se comporta en todo momento como un rey. El rey de París. Bueno, puede que esté exagerando un poco. Digamos: es el rey de los esrilanqueses en París. De hecho, en apenas diez años, posee ya cinco tintorerías y cinco lavanderías autoservicio.

Iqbal es rico. Y esa es la tercera razón que me obliga a aceptarlo todo. Con él ya no tendré que prostituirme más, seré la mujer del rey. Pero queda un largo camino, he de decirlo.

Después de hacer el amor en el frío suelo de su tintorería, Iqbal me lanzó su veredicto, en cuatro frases:

«Sabía que todas las marroquíes eran putas. Pero no sabía que tú formabas parte de ellas. Mis amigos Ramzee y Salman me dijeron que

se habían acostado contigo. Y que te pagaron bien.»

Eso fue todo. Ni una palabra más.

Lo negué todo, desde luego. Todo, de principio a fin.

«¡Yo, una puta! Pero bueno, ¿te has vuelto loco o qué, Iqbal?»

Me miró fijamente. Yo, por supuesto, no bajé la vista. La confrontación de nuestros ojos duró casi un minuto. Tenía que inocular una pequeña duda en su mente.

Creía haber logrado mi misión. Me equivocaba.

Iqbal me llevó esa noche a un restaurante turco, su preferido, situado en la Rue du Faubourg-Saint-Denis. No volvimos a sacar el tema. En vez de eso, nos reímos, mucho, y comimos, una barbaridad. Nos separamos esa noche, tarde, sin prometernos nada.

Vi a Iqbal darse la vuelta y echar a andar por la calle. Yo, aterrorizada, lo vi alejarse, desaparecer.

No dormí esa noche, claro. Repasé en mi cabeza todas las posibilidades que me quedaban de seguir con Iqbal en mi vida.

Desde entonces estamos en un punto muerto.

Sigue necesitándome sexualmente. Viene una vez cada quince días. Lo hacemos. Se va. Sin mediar palabra.

A veces, cuando no viene en todo un mes, soy yo la que me acerco a la tintorería. Nunca dice nada. Se baja el pantalón. Hacemos lo necesario. Y me voy.

Estoy segura de que está enamorado de mí. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Con el tiempo, me he vuelto experta en la satisfacción de sus menores deseos, incluidos esos de los que ni siquiera él es consciente del todo.

Ahora tengo un plan que estoy afinando con mucha paciencia. No renunciaré a Iqbal. Nunca jamás. Por algo soy marroquí.

Desde pequeña oigo repetir que los hombres nunca se casan con su fantasía sexual. No merece la pena intentarlo. Esa es la realidad en el mundo entero, según dicen. Los hombres se casan con las mujeres que les recuerdan a sus mamás, no las que se la ponen dura, no las que hacen que se corran.

Ah, vale. Pues bien, ¡ya veremos!

Iqbal es mío ya. Simplemente aún no lo sabe. Me pertenece en corazón, cuerpo, alma y sexo. Ha sido creado para mí. Únicamente para mí.

Lo conseguiré, pase lo que pase. Un día, un día muy cercano, me pondrá un anillo muy querido en el dedo. Estoy trabajando en ello. Muy en serio.

Tengo tres brujos. Uno, judío, en París para sacarme de aprietos. Otro, bereber, en Gennevilliers. Un tercero, marroquí, en Azilal, en las

montañas del Atlas: es mi preferido, el que mejor me entiende, el que me deja que se lo cuente todo, incluso los detalles más crudos, más sórdidos. El único problema con él es que vive lejos de París, en un rincón perdido de Marruecos. No puedo ir a verlo con frecuencia. Voy a traérmelo aquí pronto, con un visado turístico. Un mes en el mismo edificio que yo. En el segundo hay un apartamento amueblado que alquilaré para él, para que haga su trabajo de brujería como Dios manda. Un mes exclusivamente para hacer que caiga Iqbal, para conseguir que haga por fin lo que yo quiera.

Como yo, mi brujo de Azilal está harto de trabajar a distancia con Iqbal. Sin embargo lo llamo a menudo para tenerlo al corriente de la situación y que me dé su opinión.

Iqbal sigue apegado a mí, lo veo claramente, por el sexo y por otra cosa: el amor, estoy segura. Pero yo quiero más, exijo más: convertirme en su mujer. Si no ¿de qué sirve matarme desde la mañana hasta bien entrada la noche, acoger entre mis piernas a todos los inmigrantes de tercera clase de París? Como por arte de magia, acaban todos por encontrar mi camino, por llamar a mi puerta. Y, a menudo, no tienen mucho dinero, no la suma que les pido, en todo caso. Nunca me atrevo a mandarlos a su casa, frustrados. Así que me sacrifico, por así decirlo. Pongo una canción de Umm Kulthum, y me tumbo. Sin desvestirse del todo, se me echan encima, se hunden en mí, se olvidan en mí, en el calor de mi sexo.

Por extraño que pueda parecer, siempre siento cierto placer con ellos. No realmente sexual. Más bien el placer de la ternura, del desasosiego, del hambre en parte saciada. Tengo la impresión de ser una hermana para esos hombres árabes y musulmanes.

Se ha convertido en mi especialidad. Los hombres árabes o musulmanes de París. La mayoría sin papeles. La mayoría desgastados por esta ciudad que los maltrata sin remordimientos y por unos patronos franceses blancos que los explotan haciéndoles trabajar en negro sin sentirse culpables en absoluto.

Turcos. Egipcios. Tunecinos. Argelinos. Hindúes. Marroquíes también, pero menos. Algún que otro hombre de los países del Golfo venido a menos.

Prefiero, de lejos, a los paquistaníes. Iqbal no se parece a los hombres esrilanqueses. Parece más bien paquistaní. Aunque un poco más duro que ellos.

Los hombres paquistaníes de París son los más tiernos de la tierra. Educados. Atentos. Nunca les pido que se laven. Me gusta su olor, sus maneras delicadas, su timidez, sus murmullos.

No entiendo su lengua. No comprenden el árabe y hablan muy mal francés. Son distintos de mis clientes árabes aunque sean musulmanes como ellos. Pero ese lado musulmán es mucho más inspirador en su

caso. Mucho más bello, excepcional. Para mí los paquistaníes son quienes mejor han sabido guardar esa cualidad musulmana. Lo que hace que el islam sea el islam.

A veces ni siquiera les pido que me paguen. Con ver cómo hacen de mí lo que quieren me basta y me sobra. Es como ir al teatro, al cine para ver un espectáculo con nuestro actor preferido, no el que nos excita sexualmente, no, sino el que nos hace soñar, el que nos transporta al cielo. Eso es lo que les encuentro a los paquistaníes. La Paz. El Paraíso. El Amor al que le sobran las palabras.

Si Iqbal pudiera llegar a ser como ellos. Un ángel puro.

Mi joven brujo judío de Les Halles me ha dicho varias veces que esa transformación es posible. Me cae bien. Se llama Samuel, bonito nombre. Es gracioso. Creo que es un poco gay. Incluso muy gay. Pero, por desgracia, como brujo no vale gran cosa. Algo que me sorprende muchísimo. En Marruecos, los brujos judíos pasan por ser los más poderosos del mundo.

Mi brujo de Gennevilliers no es nada serio. Nada más verme se pone cachondo. Y, claro, no consigue concentrarse en su verdadero trabajo: entrar en comunicación con los genios. No es que haya que ser necesariamente puro para convocarlos, para despertarlos, pero por lo menos se recomienda no tener una erección en ese momento. Si no, todo se enturbia. Y últimamente es lo que sucede cada vez con él.

¿Entonces?

Entonces solo me queda el brujo de la aldea, de Azilal. Llegará dentro de dos semanas.

He trabajado mucho esta temporada. Hasta he aceptado a blancos, a los viejos árabes de Belleville que no saben qué hacer con su vida y a los estudiantes marroquíes, algunos ricos, que merodean por los alrededores de la Gare Montparnasse sin saber cómo abordar a esas horribles arpías, a esas francesitas que se pasan de sosas. Amplié mi terreno de caza hasta la Rue du Faubourg Saint-Denis, donde también puedes cruzarte con kurdos, afganos e incluso con algún que otro iraquí chiita.

He ganado bastante dinero.

Y antes de que llegue el *hach* de Azilal, me quedan aún unas cuantas incursiones por los Champs Élysées, en los cabarets orientales invadidos por la nueva generación de prostitutas marroquíes, las que acaban de llegar a Francia y tienen aún aspiraciones. Sueñan con el cielo. Es decir, con uno de esos riquísimos hombres del Golfo. O hasta con un príncipe. Saben, como yo, que hay bastantes miembros de las familias reales de esos países que vienen a París a divertirse y a cazar a las marroquíes fáciles.

Soy viejísima, comparada con ellas. Me da igual. Tengo que

conseguir un montón de pasta. El *hach* de Azilal va a quedarse un mes. Me va a costar muy caro: quién sabe, aún estoy a tiempo de llevarme el premio gordo…

Todo esto por Iqbal. Todo esto por el amor y su locura. Todo esto por no seguir sola.

Estoy harta de contarme cada noche las mismas historias fantasiosas. Estoy harta de tener la entrepierna dormida al final del día. Porque hay que soportarlas, todas esas pollas bien duras, demasiado fuertes y tan impacientes.

Estoy harta de no llegar a nada concreto. Doy. Doy. Nada real. Nada para más tarde. Un marido. Una boda. Un negocio inmobiliario. Paz. Quedarme en casa. Hacerme la sumisa. Contratar a una chacha, o dos. Darles órdenes. Dirigir mi mundo sin moverme del sofá. Y sobre todo engordar. Comer para tener unas formas generosas y desbordantes.

Sé que Iqbal va a adorarme así, como ama de casa satisfecha, gordita y deliciosa.

Él podrá pagarme esa vida. Tiene más de lo que se necesita para realizar mi felicidad, mis sueños. Solo él puede curarme de mi malestar existencial, sacarme de la amargura y la acritud que se instalan poco a poco en mí. Estoy dispuesta a dárselo todo. Puede esclavizarme si quiere. Lo aceptaré todo. Todo. Pero que venga. Que ceda. Y verá lo que le sucederá.

Le haré cambiar de mundo. De Dios. De familia. Será mi cosita, mi droga, mi kif. Mi hombre legal. Mi macho *halal*.

Sé que no pido demasiado a la vida, a Dios. Lo sé. Solo quiero a Iqbal para iniciar con él el último tramo de mi existencia. Nada más.

Hace unas semanas fui a ver a mi amigo Aziz. Era la víspera de una operación importante para él. Cambia de sexo. Como de costumbre, quería que le contara una vez más la historia de la desaparición de Zineb, la hermana de mi padre. El misterio de esa mujer lo obsesiona mucho más que a mí. Se identifica con ese gesto suyo. Estaba y ya no está. Como de costumbre también vimos una de esas buenas películas de Bollywood. Nos encanta todo lo que viene de la India. Luego hablamos de nuestros proyectos y de nuestras desgracias. Me contó su pasado triste y el origen de su deseo de convertirse en mujer. Y yo, para entretenerlo, le conté la historia de Naima, mi antigua mejor amiga de París. Su vida se parecía mucho a la mía. Como ella, aguardo llena de esperanza. Sé que los milagros llegan. Existen. Existen. Los veo. Iqbal no puede decepcionarme.

Justo en el momento en que todo iba a cerrarse para Naima, las puertas se abrieron de repente. De par en par. De par en par.

Conté la historia como una leyenda. Fascinado, excitado, Aziz me

escuchó con la mirada llena de agradecimiento.

LA HISTORIA FELIZ DE NAIMA

«Hice bien en no renunciar. Mi destino acabó por cumplirse, por encontrar un nuevo camino, el suyo, el de verdad desde el principio. Esa vida tortuosa, sin sabor, arruinada durante tanto tiempo, tenía un sentido. Tuve que pasar por el inmenso desierto para llegar al final a mi oasis. No te desvíes nunca de tu fin, Zahira. Con el tiempo encontrarás tu salvación. El deseo de un corazón sincero acaba siempre por cumplirse.»

Naima hace bien en hablar así.

Acabó por encontrar un lugar donde descansar, donde relajarse, donde dejar de ser una seca y una amargada.

Sus palabras están llenas de una filosofía un poco ingenua pero son tan sinceras. Habla por fin en su propia lengua, la que sale de lo más hondo y que nadie veía.

Viene de lejos, Naima. De muy lejos. Tiene hoy 50 años. Y a Dios gracias no se ha convertido en una buena musulmana, como tantas otras al fisnal de su carrera. No quiere ir a La Meca para lavar sus pecados. No. No. Considera que haber trabajado de puta todos esos largos años es más que suficiente para entrar, cuando muera, en el paraíso. Ha sido mejor musulmana que muchas otras, que te dan la lata con una piedad que es pura fachada.

Hoy se ríe, Naima. Come. Manda dinero a sus hermanos de Casablanca. Vela de lejos por la tumba de su madre, enterrada en su pueblo, cerca de El Jadida.

Me ha perdonado. Hace años, yo acababa de llegar a París, le robaba regularmente sus clientes. No sabía entonces cómo hacer para conseguirlos.

Naima me dijo la semana pasada:

«Me daba cuenta de todo, Zahira, y te dejaba hacer. Un día lo entenderías tú misma y te arrepentirías. No hay nada que perdonar, hermanita. Hiciste lo que tenías que hacer. Y, además, robar es también un arte.»

Mis ojos empezaron a derramar lágrimas. Ya no era Naima. Se había convertido en una santa. Una de verdad. Me arrodillé y le besé los pies. Posó sus dos manos sobre mi cabeza. Me puso de pie. Se acercó a mi cara y me besó tiernamente mis agradecidos labios.

Me transmitía su *baraka*.

«El camino negro puede conducirte a alguna parte. Puede que el infierno sea eterno, sí, pero en un momento dado deja de ser solo el infierno. Se transforma. Nos adaptamos. Algo se abre en nosotros.

Llega el milagro. Tiene que llegar.»

Naima hablaba como un profeta. Se lo dije. Se rio en mi cara.

«No soy ni profetisa ni poetisa, y aún menos un alma pura. No cambies tu imagen de mí. Soy puta como tú. Bueno, ya no. Pero no reniego de nada de mi pasado. No cambies, Zahira. No cambiamos. Avanzamos. Vamos hacia delante y un día las cosas se reúnen, se organizan. Cobran sentido. O no. Entonces, te lo ruego, no me trates como a la mujer en la que no me he convertido… Conoces mi historia, ¿no?»

Claro que la conocía.

Al final de su carrera como prostituta, nadie había querido tender una mano a Naima, salvarla de la decadencia. Se hundía, sola, en París, ciudad que también adora ella.

Después del babysitting, oficio donde no se gana gran cosa, en las casas de los espantosos burgueses del distrito XVI, se puso a trabajar de camarera en un bar para árabes viejos aún no repuestos del shock de haber dado su juventud, su fuerza, su alma por Francia, país más que ingrato con ellos y del que, sin embargo, no consiguen marcharse nunca.

La decadencia de Naima duró dos años en ese bar siniestro junto al metro Goncourt, frente a la iglesia… Estaba muy descuidada. Por la noche, después de echar el cierre, se ofrecía a casi todos los que aún querían algo con ella. Por nada.

Imposible creer que esa mujer destruida fuera la misma que había empezado su carrera en los hoteles de lujo de Casablanca, Beirut, El Cairo y Londres. Volvía locos a los hombres, elegía al que le apetecía, fijaba unos precios desorbitados, y ahora no era más que un trapo amarillento demasiado escurrido, demasiado desgastado, para tirar.

Su historia me hace albergar una esperanza. En alguna parte, en este invierno, en esta tierra siempre fría, más allá de la tierra, hay un corazón grande para cada uno, para cada una, para todos nosotros.

El sueldo de camarera no le daba a Naima para pagarlo todo: el alquiler, el teléfono, las facturas, los impuestos, los estudios de sus sobrinos y sus sobrinas en Marruecos, su brujo africano que le organizaba regularmente unas sesiones para engatusar a los genios que la habitaban. Necesitaba más dinero para satisfacer a todos los que dependían de ella, que no podrían seguir viviendo sin su ayuda.

Son muchos, los hermanos y hermanas de Naima que se encuentran en el mismo caso que ella. Es su destino. Nuestro destino: pagar con nuestro cuerpo el porvenir de los otros.

Camarera de bar por las tardes y buena parte de las noches. Camarera de pisos en un hotel del distrito XV, cerca de la estación de metro Convention. Así se las arreglaba, más o menos.

El dueño del hotel era argelino.

Más tarde, después de que se casaran, le dijo que se había enamorado de ella nada más verla. Cuando se cruzaron sus miradas.

Ella no se lo cree. Él no ha dejado de jurárselo constantemente. Amor a primera vista.

En realidad Naima pasó solo dos meses en ese hotel. Era demasiado cansado. Agotador. Prefirió volver a alternar el babysitting con su trabajo en el bar.

Dos años después, el argelino fue a tomar algo al bar donde seguía ella de camarera por las noches.

«¿No te acuerdas de mí?

—No.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Mírame bien… ¿Te parezco amable?

—Sí, muy amable.

—¿Te burlas de mí?

—Un poco, sí.

—¿No te acuerdas de los hombres amables?

—Hace tiempo que no me cruzo con ninguno. Creo que se acabó.

—¿Qué se acabó?

—Se acabó la gente amable.

—Yo soy un hombre amable.

—Te creo.

—Debes creerme… Naima…

—¿Me conoces? ¿Sabes mi nombre?

—Nunca lo he olvidado.

—Deja de tomarme el pelo.

—Hablo en serio, Naima. Soy el director argelino del hotel Astoria donde estuviste trabajando hace dos años… ¿Caes, ahora?

—Caigo, sí… Ya caigo…

—Me alegro.

—¿Perdón?

—¿No me preguntas cómo me llamo?

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Jafar.

—Encantada, Jafar. Yo soy marroquí.

—Lo sé, Naima.

—¿Quieres un vino? Paga la casa…

—No he venido a eso… De todas formas, no bebo…

—¿Por qué estás aquí, entonces?

—Para verte. Para encontrarme contigo. Para proponerte algo.

—¿Qué?

—Di mi nombre… Por favor…

—Jafar.

—Otra vez.»

Jafar se enamoró de verdad de Naima el primer día. Locamente. Pero no se lo dijo entonces. Estaba casado. Su mujer estaba muriéndose en un hospital. Sabía perfectamente lo que le pasaba, el amor entraba en su corazón con gran estruendo.

No dudó sobre lo que debía hacer. Primero acompañar a su mujer hasta el final, hasta las puertas del cielo. No abandonarla cuando aún seguía viva.

No le reveló nada a Naima, no dejó que se lo notara.

Dos años más tarde, después de la muerte de su mujer, vendió todo lo que poseía en París: el hotel y tres pisos. Se encontró con una pequeña fortuna. Repartió la mitad entre sus dos hijos que habían fundado sendas familias.

Y se puso a buscar a Naima.

Jafar no era realmente viejo. Tenía apenas 56 años.

Naima se consideraba acabada, muerta en vida, cuando la encontró el argelino. Lo que le contó, en el bar sórdido donde ella ahogaba su decadencia, la dejó sorprendidísima. Le costó creérselo.

Así se lo dijo ella. La respuesta corta de Jafar la desestabilizó y al mismo tiempo abrió algo nuevo en ella.

Jafar dijo:

«Quizá sea un mentiroso pero aquí, delante de ti, digo la verdad. Desde hace más de dos años, sueño contigo día y noche. Debes creerme.»

Dijo todo eso en árabe, con acento argelino.

El corazón de Naima se enterneció de repente, sin pedirle permiso a ella.

Nunca antes le habían hecho una declaración de amor sincera a aquella mujer.

Era feliz. Por supuesto. No encontró nada que decir a Jafar. Simplemente bajó la vista. Y dejó escapar una lágrima. Jafar se levantó y, valiente, se atrevió a secarle esa lágrima. Los árabes que estaban en el bar esa noche no daban crédito a lo que veían. Uno se puso a aplaudir. Seguido de otro. De todo el bar.

Naima dijo que los milagros existen. Ahora su familia está orgullosa de ella.

Naima llevó a Jafar a Casablanca. Celebraron una gran boda.

Compraron una casa en El Jadida, la ciudad de origen de Naima. Pero tanto a ella como a él les gusta París. Ahí es donde quieren seguir hasta el final de su última oportunidad.

No sé si quiero ser como Naima. Nunca tendré su suerte. Pero sí creo en su milagro.

Y, como ella, cada mañana me digo que, pase lo que pase, París me pertenece. Nos pertenece. También a ti, Aziz.

¿Estás de acuerdo conmigo?

PARTE II

PARÍS, AGOSTO DE 2010

1

EN UNA NUBE

Soy una mujer. Me he convertido en una mujer. Hace dos meses ya.

Hablo sola.

Sin mirarme al espejo, lo sé, sigo los cambios que se producen en mí. Y hablo.

No veo a nadie. No quiero ver en los ojos de los demás el monstruo en el que me he convertido. Su falsa comprensión. Su compasión. Su malestar. Su amabilidad forzada. Así que dejo de lado a todo el mundo. Permanezco sola en este apartamento demasiado grande, decorado con un estilo demasiado francés por mis amigos Jean-Jacques y Pierre. Ni siquiera a Zahira la dejo venir a menudo. Dos veces por semana. Limpia lo que hay que limpiar. Ordena lo que hay que ordenar. Me da tres besos en cada mejilla antes de irse. Me llama por mi nuevo nombre.

Zannuba.

«Zannuba» sale de la boca de Zahira como una evidencia. Una sonrisa que viene de muy lejos. De mí en una vida anterior. De vuelta a la realidad del mundo.

Aparte de Zahira, los demás pueden irse al cuerno. No necesito ni su solidaridad ni su apoyo. Que se guarden sus buenos sentimientos y sus chorradas.

Yo necesito una mirada auténtica, libre, que no me juzgue, que se fije en mí, nada más.

Zahira. Ella, siempre ella. Zahira es la única capaz de eso. Una mano en mi frente. Un beso en mi mano. Una palabra que me hace renacer. *Khti*. Mi hermana.

La creo.

A ella siempre la he creído. Hasta cuando se burla de mí, la sigo en sus arrebatos y sus tristezas.

Zahira ha entendido que no hay que llamarme demasiado en este momento. Nada que decir. La operación se ha llevado a cabo. Me han cambiado de sexo.

Debería sentirme mujer. Ser feliz. Estar alegre. Hacer una fiesta. Sentirme ligera, como antes. Como en mis sueños de antes.

Me sucede lo contrario.

Lloro día y noche. Noche y día.

Ahí abajo, en la entrepierna, lo que me pesaba, me estorbaba, se ha ido.

La han cortado. En mí, en su lugar, hay una abertura. Pero no siento nada.

Nada.

Entra el aire. Pasa. Debería estremecerme. Vibrar. Pero no. Nada.

Hasta cuando meo, no oigo los ruiditos delicados que me esperaba. En su lugar, un chorro fuerte. Así sale, fuerte. Como antes, fuerte. No es como cuando mea una mujer. No.

Gran desesperación.

Voy al servicio no sé cuántas veces al día. Intento que se concrete mi idea de la mujer a través de ese acto cotidiano, múltiple. Intento rememorar los recuerdos sonoros de mi madre orinando libremente, con toda naturalidad. Revivir ese sonido particular.

PSSSSSSPSSSSPSSSSS.

¡Imposible! No me sale.

El agua amarilla que brota de mí es como un torrente. Está empujada, revestida por una energía fuerte que me resulta muy familiar y que nunca he reconocido como mía. Parece una cascada en medio de un río.

Siento vergüenza.

No paro de mear. Me agarro la cara entre las manos.

Me he convertido en una mujer. Por fuera. La polla y los huevos se han ido, yo misma los enterré. En el fondo, en lo más hondo, sigue habiendo, y sin duda lo habrá hasta el final, una corriente de masculinidad que siempre me fue totalmente ajena.

Durante años, en cuanto pude ganar algo de dinero en París, hice todo lo posible por esconder esa virilidad invasiva. Cremas. Maquillaje. Ropa. Depilación. Pelucas. Zapatos de tacón de aguja demasiado alto. Hormonas. Inyecciones.

Eso ocultó algo las cosas. Nunca del todo. No entiendo. No entiendo.

Lo que sucede en mi interior me supera. Obedecí a mi naturaleza profunda, lo que siempre sentí en el interior de mi corazón secreto: no soy un chico, soy una chica.

Había que hacer esa operación. Ese cambio que no era un cambio de verdad. No pasaría de chico a chica. Me convertiría en la chica que soy desde siempre, mucho antes de venir al mundo.

Ahora que ya está hecha, la transformación evidente, la reparación

más que necesaria, me encuentro insatisfecha. Totalmente superada por ese lado viril que brota aún de mí, que corre por mis venas, que domina mis genes.

¿Qué voy a hacer ahora?

Ya no consigo ir al servicio. Ya no quiero ir. Y para que no me entren ganas de mear, he decidido dejar de beber agua.

Poco a poco, me seco. Cuerpo. Corazón. Mente. Ya no sé qué ni cómo seguir.

¿Soy una mujer, completamente mujer?

No.

¿Sigo siendo un hombre?

No.

¿Quién soy entonces?

No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Esa operación, la quise. Esta desaparición, he sido yo la que la he planificado, orquestado. Llevado hasta el final. Pensé en todo. Pero no en lo esencial: ¿cómo ser una mujer? Quiero decir, aparte de la ropa y del maquillaje, ¿qué es una mujer?

¿Por qué, antes de la operación, conocía perfectamente las respuestas a estas preguntas? Y ahora: ¿nada?

Pierdo cada día ese sabor de antes, ese deseo de antes que daba un fin a mi existencia. Sacar a la luz mi verdadera identidad. Hacer todos los sacrificios para que se produjera. No un milagro sino la realidad, nada más que la realidad. El proyecto de una vida que se vuelve concreto, verdadero.

¿Era un error?

En mi inmensa cama no sé cómo calmarme, cómo tranquilizarme con respuestas seguras, definitivas, que no llegarán nunca.

Estoy sumida en el vacío. No consigo llenarlo.

¿A quién imitar? ¿Qué modelo seguir? ¿Dónde encontrar el buen consejo, la palabra que repara, el gesto que reconcilia, la mirada que ama sin esperar nada a cambio? ¿Dónde?

¿Quién va a guiarme?

Nadie me habla de lo que me sucede en este momento. Nadie se ha atrevido a describir este territorio donde no estamos definidos del todo. Donde estamos fuera de todas las categorías, las de ayer y las de hoy.

¿Qué hacer de mí, ahora? No dejo de dar vueltas y más vueltas a esta pregunta en mi cabeza que no sabe ya a qué agarrarse.

¿Ir a una librería y buscar un libro que hable de verdad de este tema, de mí en este momento, sin remedios milagrosos, sin demasiadas teorías huecas?

Ese libro no existe.

¿Y las películas? Tiene que haber una que aborde un caso como el mío. Seguro. ¿Pero cuál? Debería llamar al doctor Johansson. Él me diría. Salvo que debe seguir de vacaciones.¿Qué hacer entonces? ¿A quién llamar para que me ayude? Zahira solo conoce las películas de la India, las únicas que le gustan. Es incluso una especialista en el género, siempre encuentra algo que la hace soñar, creer en otras vidas posibles en otros lugares.

Pienso en el chico argelino que no se sentía chico. En medio de las chicas, de sus hermanas, se abría, reía, bailaba, subía al cielo.

Veo en qué se ha convertido ahora. Está en el purgatorio. Él. Ella. ¿Seguro?

«¿Y si llamara a mis hermanas?

—Sí, eso es… Buena idea, Zannuba. Llámalas a todas, enseguida, diles que te has vuelto como ellas, exactamente como ellas… Vamos… Vamos… Hazlo… ¡Valor! ¡Asume tu nueva condición! Llámalas, sabrán reconfortarte… Hazlo… Hazlo… ¡Qué demonios!

—Te equivocas, Aziz. Tus hermanas no podrán hacer nada por ti. Ya sabes lo que ha hecho de ellas la sociedad argelina: mujeres veladas, esclavas de maridos cobardes. Muertas en vida.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Zannuba? ¿Qué sabes tú de su vida, de su cotidianeidad, de sus problemas? ¡Crees que por llevar velo han perdido su libertad!

—Sí, eso creo.

—¡Deja que me ría! Hablas como todos los occidentales biempensantes, ahora. Para reconfortarse, para probarse que son ellos los que tienen razón, buscan en otra parte ejemplos de quienes, según ellos, carecen de libertad… Las mujeres árabes, por ejemplo.

—Pero tienen razón. Las mujeres árabes carecen de libertad. Es la realidad.

—¿Tú oyes lo que dices? ¿Qué te pasa?

—Ese es el problema… No sé qué me pasa.

—¿Querías convertirte en una mujer?

—Sí.

—Lo eres.

—¿Tú crees?

—Te digo que lo eres. Eres una mujer árabe…

—¡Te burlas de mí!

—En absoluto. Haces bien en pensar en tus hermanas de Argel. En los recuerdos que has guardado de ellas encontrarás tu salvación. El ejemplo a seguir.

—¿Velarme como ellas?

—¿Por qué no?

—Porque no me pareces nada serio.

—«Seria», querrás decir. Yo soy tú. ¿Lo has olvidado? Como tú, ya no tengo pito.

—Se diría que lo echas de menos.

—Sí, un poco. Lo confieso.

—Yo en absoluto. Nada en absoluto.

—Mientes. Como de costumbre, mientes. Tienes la verdad delante de los ojos y te niegas a verla. ¡Así eres tú! Huir. Seguir huyendo. Ahora te toca asumirte, querida. ¿Querías convertirte en la mujer que siempre creíste ser en el fondo de ti misma? Pues bien, mírate al espejo: ya está, lo has conseguido. Eres guapa. Eres bellísima. Encantadora. Los parisinos van a adorarte. Tienes que ser un ejemplo de individuo árabe que se libera, que se asume. No como los otros, los de la aldea, que siguen estancados en la ignorancia y la sumisión. ¡Lo has logrado, cariño! ¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Basta! ¡Basta!

—Ya no me das miedo.

—¡Basta, te digo!

—¿Me amenazas? Ya no puedes hacerme nada, ahora… Eres una piltrafa… Un ser bajo, muy bajo…

—¡Basta!

—Ya no eres nada… Estás en lo más bajo ahora… No estoy de acuerdo con lo que me has hecho…

—¡Voy a matarte!

—Hazlo. Vamos. No tengo nada que perder. Ya has tocado fondo. Y yo también, contigo, para mi desgracia. Lo mejor es acabar cuanto antes, ahora mismo. Quieres arrastrarme a esa vida que crees libre, pero yo no quiero. Vamos. Mátame. Mátanos. Vamos. Vamos. ¿Tienes miedo?

—¡Te quiero!

—¿Qué? ¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loca o qué?

—Te quiero.

—¡Bobadas! Me matas, me capas, me borras de la existencia y me dices que me quieres… ¡A otro con ese cuento, Zannuba! ¡A otro!

—Es verdad, te quiero. No eres más que un crío. No es culpa tuya, esta tragedia. En absoluto.

—No entiendo esas palabras misteriosas.

—Sí, sabes perfectamente lo que quiero decir. No juegues conmigo, Aziz… Por favor…

—Ya no juego… Ya no soy Aziz. Me has matado. Me has arrancado de ti. De tu cuerpo. Ya no soy nada. ¿Dónde ir ahora? Estoy en peor

situación que tú. Ya no existo. Tú, por lo menos, puedes jugar a la diva que se deprime y que llora. A mí me has exterminado. No has tenido ninguna piedad. Has hecho lo que te ha dado la gana. Convertirte en una mujer. Eso, convertirte en una mujer. Ahora que ya lo eres, tendrías que estar encantada. Deberías volver a creer en Allah. Hazlo. Hazlo. Es Él el que ha permitido esto. Pero, por supuesto, como eres egoísta, siempre lo has sido, solo piensas en tu pequeña desgracia, tus pequeñas cicatrices de nada, tu música que se te ha olvidado. ¿Y yo? ¿YO, AZIZ? ¿Piensas aún en mí? Claro que no. Estás demasiado ocupada en volverte una señora. ¡Una señora como todas las zorras con las que nos cruzamos en esta ciudad de mierda! ¿Eso es la vida, el porvenir, la emancipación? ¿Volverse como los otros de aquí? ¿Es eso? ¡Responde! Di algo. Mírame. Mírame y dime que te arrepientes… Dilo… Dilo…

—No. No podré decirlo.

—No tienes corazón. Me dejas morir. Y lloras por eso.

—No entiendes nada, Aziz.

—Claro que no entiendo nada, puesto que estoy muerto. Por tu voluntad, muerto. Por tu voluntad, ejecutado. ¿Te acuerdas del crimen que cometiste hace apenas dos meses?

—No era un crimen. Tenía que encontrar la paz.

—Estoy tan feliz por ti, Zannuba. Ya veo lo bien que te sienta la paz.

—No te burles… No te burles, por favor…

—Ya no soy nada. Ni un crío que baila feliz con sus hermanas ni un alma libre y aún despreocupada. Lo has estropeado todo con ese deseo loco de convertirte en mujer. Has acabado conmigo. Me has cerrado todas las posibilidades, aquí en la tierra como en el cielo…

—Siempre te llevaré dentro de mí, Aziz.

—Son imaginaciones tuyas, Zannuba. Pronto te habrás olvidado hasta de mi nombre. Nuestro nombre. Aziz. Me pisarás, pisarás mi corazón, mi sexo. Ya solo te ves a ti: mujer. Nuestras huellas, de chico, de hombre, siguen ahí, en ti. Pero puedes estar tranquila, pronto desaparecerán. Desde aquí donde estoy, desde donde te hablo, veo tu porvenir. Te he declarado maldito. Maldita. Y, a pesar de mí, voy a seguir velando por ti… Adiós… Adiós, Zannuba…

—No, Aziz… No… No te vayas… Quédate un poco más…

—¿Para qué? Déjame ir a otra parte, a buscarme en otra vida donde cohabitar. Déjame abandonarte. No insistas… Libérame…

—¿Te acuerdas de Isabelle Adjani?

—Sí. De pequeño me encantaba esa actriz.

—Luego la olvidaste.

—¿Adónde quieres ir a parar, Zannuba?

—Antes de irte definitivamente, antes de dejarme, permíteme que te cuente a Isabelle Adjani.

—¿Contarme qué? No entiendo.

—¿Quieres?… ¿Quieres, Aziz?…

—Vale. Haz de Sherezade, Zannuba… No tengo mucho tiempo pero te escucho.»

ISABELLE ADJANI

Es argelina como tú y como yo.

Aparece. Desaparece. Reaparece. Está ahí. Ya no está ahí. La buscas. Crees que la has borrado. Pero siempre está en alguna parte. Se esconde. Duerme. Se olvida de sí misma. Ama. Va lejos. Muy lejos. Estoy segura de que, periódicamente, sale de este mundo, de lo que nosotros llamamos mundo: la tierra redonda, el cielo azul y negro.

Estoy convencida: Isabelle Adjani no es de la misma naturaleza que nosotros. No está hecha solo de carne y sangre. No solo hay agua en su cuerpo. Esa mujer lleva en ella algo que aún no conocemos. ¿El porvenir? ¿El futuro tal como lo vemos en las películas de ciencia-ficción? Mejor. Algo mucho mejor. El hombre y la mujer reunidos en otro tiempo. Otro tiempo que no es el presente. Ni el pasado. Es ese tiempo al acecho, esa explosión sublime que no deja de expandirse y de la que a veces, de noche, podemos escuchar su primer eco.

Isabelle Adjani nació entonces, en ese momento. En ese preciso momento.

Creo que se llama el Big Bang. No había nada. Absolutamente nada. ¡Buummm! Todo empieza. La vida. La vida no tal como se nos presenta hoy. No. La vida a un ritmo loco, en medio de un calor infernal pero muy soportable. Una conciencia cósmica. Todavía no hay seres humanos, ni otros seres, otras criaturas, otras inteligencias. Solo Isabelle Adjani. Tan blanca. Tan negra. Tan azul. Desnuda, por supuesto. Llevando en ella todas las vidas. Hablando todas las lenguas. Dominando todos los signos.

No es una diosa. Es la chispa. Su fuego nos ha atrapado. Los seres humanos están unidos a ella para siempre. Unidos por el miedo. Por el éxtasis. Oyen a través de ella. Escuchan lo que pasa en ella. Las voces de Todo El Mundo. Avanzan para seguirla, para amarla, adorarla, venerarla. Esperarla.

¿Viene? ¿Está aquí? ¿Todavía no? Todavía no.

En realidad, está aquí. En nosotros. En ti. En mí.

El mundo de aquí, de hoy, no entiende a Isabelle Adjani. No la quiere como se merece. Los hombres solo ven en ella a una actriz con mucho talento y muy caprichosa. Se equivocan. Se equivocan por

completo. Isabelle Adjani, la actriz, no piensa en una carrera. Está por encima de esas cosas, de esas pequeñeces modernas. Decir que hace carrera es un insulto para alguien como ella. Esa mujer inventa y muestra gestos mucho más modernos de lo que se piensa. Encarnaciones e interpretaciones que dicen todo de nosotros. Todo de Todos. Absolutamente de todos.

¿Me entiendes, Aziz? ¿Me sigues? Sé que quieres a Isabelle Adjani igual que yo. ¿Te acuerdas de hasta qué punto nos sentimos arrebatados, tú y yo, por *Diario íntimo de Adèle H.*? ¿Te acuerdas de la película? La vimos una tarde triste en la televisión argelina.

¿Te acuerdas de lo que dice al principio?

«Yo, esa cosa imposible para los demás, cruzar el Océano como un relámpago para reunirme con el Amor, caminar sobre las aguas, caminar por los aires, eso, yo sola, lo haré. Lo haré.»

Eso era lo que decía, ¿no? Era ella la que hablaba así, no el personaje.

Puede que haya cambiado un poco los términos. No importa. Aquellas palabras nos convencieron de que esa mujer era a la vez de los nuestros, de una Argelia hecha de múltiples fragmentos, y del otro mundo. Su convicción y su fervor nos produjeron unos escalofríos inolvidables, unos recuerdos de los que quedan grabados para siempre.

Tú y yo intentamos aprendernos de memoria las palabras sagradas que pronunciaba en la película. Quizá las inventamos, las reinventamos.

La película entró de una vez por todas en nuestra memoria eterna.

La cara de Isabelle Adjani que ama. Que sufre. Que llora. Que grita. Que corre. Que se cae. Una cara encantada, poseída por todos nosotros. Una cara y únicamente una cara. Y nada más.

Nunca nos cansamos, ¿verdad?, de esa querida cara torturada, locamente enamorada, valiente y sola, en la escritura, en la videncia, en el más allá.

Isabelle Adjani es también una vidente. En el sentido más estricto. Ve. Más allá. El señor que hizo la película lo entendió a la primera. Puso a Adjani en situaciones donde el mundo deja de ser mundo. El mundo acaba. Adjani continúa.

Durante semanas y semanas, llorábamos cada día al recordar esa película, ese cuerpo enamorado, esa errancia, ese desasosiego, esa pena, esa soledad absoluta, asumida.

Y cuando supimos que aquella mujer era argelina, ¿te acuerdas de lo que hicimos, Aziz?

Fuimos al hammam.

Fuiste al hammam, Aziz, e hiciste el amor tiernamente con tres

hombres a la vez. Era esa tu manera de reconocerte en el amor y el agradecimiento. Sabías ahora la razón de ese apego, misterioso y milagroso, por Isabelle Adjani.

Era mejor que argelina. De ella brotaba algo que tú también tenías y que tan bien reconocías en ella.

No te equivocabas. No. No. Adjani venía de otro mundo. El tuyo. Tú veías en ella tu idea de la posesión: cómo se hace uno con el universo entero, antes y después, cómo se lo enfunda uno, cómo se baila y se grita una vez dentro.

Isabelle Adjani era eso: la verdad a partir de ti mismo. La verdad a partir de tu mirada sobre el mundo y lo que ella había captado, robado de él.

¿Sabes por qué quería venir a toda costa a París? ¿Sabes por qué razón Zahira es mi única hermana en Francia?

Como nosotros, ella venera a Isabelle Adjani. Como nosotros, solo cree en ella.

Zahira dijo: «Isabelle Adjani es una santa». No puedo estar más de acuerdo con ella. Y tú también, lo sé. Los santos no son ni puros ni vírgenes ni amables. Tienen sus exigencias. Zahira y yo hemos rendido culto tantas veces a Isabelle Adjani. A varias *Lila*. Durante varias Noches mágicas.

Toda una noche para satisfacer a los que poseen el cuerpo de esa mujer, los que nos poseen. Genios, espíritus, muertos vivientes, enamorados heridos, padres y madres en otro viaje, da igual.

Cerrábamos las ventanas del apartamento de Zahira. Quemábamos inciensos especiales. Nos vestíamos con caftanes verdes. Y nos poníamos a ver una película. La Película. *La posesión*. Donde Isabelle Adjani habla en inglés. En lugares fríos, extraños, lejos de nosotros, pero como ella estaba, sí, ella, en el corazón mismo de esos lugares, aceptábamos las imágenes yesperábamos el momento. El Momento. Algo único. Lo nunca visto, ni en el cine ni en ningún otro sitio.

Adjani va de azul. Su piel se ve más blanca que nunca. Sus labios están ensangrentados, increíblemente rojos. Sale del metro. Del tren amarillo. Sube por una escalera interminable. No hay nadie. Los pasillos del metro dejan de ser pasillos. Zahira y yo sabemos qué va a suceder. Pero lo olvidábamos cada vez que organizábamos la ceremonia.

Adjani no actúa. Esa es su gran fuerza. Es incapaz de actuar. Es. Es. Y lo sabemos. Lo entendemos. La cogemos de la mano. Estamos con ella. En ella. El trance del mundo no va a tardar en empezar. La superación de todos los límites.

Adjani se libera de todos los pesos. Se supera. Desborda. Grita. Chilla. Ríe. Se cae. Se arrastra por el suelo. Fluye. Revolotea. Levita.

Se arrodilla. Gira la cabeza a toda velocidad y en todos los sentidos.

Se libera. Vuelve al centro.

Saluda con las manos. A lo visible. A lo invisible. Ya no se llama ni Isabelle ni Adjani.

Puede que haya personas que, ante estas imágenes, sientan miedo. Otras se burlarán. Y otras harán un análisis demasiado intelectual. Zahira y yo no necesitamos estudiar lo que hace Adjani. Nos encontramos exactamente como Isabelle Adjani, en el mismo estado que ella. Le inspiramos sus gestos. Reproducimos su coreografía.

Paramos la película. Rebobinamos. Al momento en que sale del metro.

Play again.

Zahira está de pie en su apartamento. Yo estoy a su lado. Isabelle Adjani se da la vuelta. Hacia nosotras. Nos ve. Nos acoge. Nos precipitamos. Entramos en la pantalla. Nuestros cuerpos se agitan. Agradecidos de antemano. Seguimos el camino.

El fuego es azul. Adjani, como el mundo, es su reflejo exacto. Por amor, por sumisión, Zahira y yo nos volvemos azules. También nosotras. Entramos en un trance eterno.

¿Te acuerdas de todo eso, Aziz? ¿No? ¿Estabas todavía conmigo? ¿O bien ya habías planificado tu partida voluntaria, antes incluso de que yo cogiera cita con el doctor Johansson?

¿No contestas?

¿Dónde estás?

No me dejes sola, Aziz. Acabo de llegar a este nuevo mundo de las mujeres. No te vayas, por favor. Es demasiado pronto. Eres mi corazón, mi sombra, mi alma secreta. Mi pasado que sigue corriendo por mis venas. No te vayas.

¿Vuelves, Aziz? ¿Me oyes, Aziz? ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Dónde ir? ¿Hacia dónde? ¿Zahira, de nuevo? ¿Siempre Zahira? Vuelve… Vuelve… Aziz… Aziz… Aziz… No te vayas… No me dejes. París se ha vuelto frío, sordo, triste, insensible. Racista. París va a matarme. Te necesito. Necesito tu mano de crío despreocupado que baila y canta. Necesito tu alma libre para siempre. Te necesito.

Vuelve. Vuelve. Vuelve.

No mueras, hermanito. Vuelve. París es un agujero negro. Vuelve para salvarme. Vuelve a amarme, a lavarme, a llevarme hasta mi deseo profundo, mi último aliento. Vuelve. Ya no soy nada sin ti.

Nada.

2

VERDE POR TODAS PARTES

Mojtaba. Es su nombre.

Ha huido de su país, Irán. Hace un año.

Llevaba toda la vida soñando con ir a Francia y visitar el Jardín de Luxemburgo. Y para eso había que pasar por París.

Mojtaba quiere vivir en Londres o en Estocolmo. No sabe aún cuál de las dos ciudades escoger. Pero debe tomar una decisión definitiva en unos días. De aquí al final del mes de ramadán.

Mojtaba estaba perdido a las puertas de la estación de metro Couronnes cuando me lo encontré. Estaba de pie junto a la salida. Parecía completamente desorientado, asustadísimo. Alrededor suyo, nada más que árabes, que se habían desplazado a ese barrio en vísperas del principio del mes sagrado para comprar todo lo necesario: dátiles, frutos secos, pasteles de miel, frascos de agua de azahar, hierbas especiales, esencias, aceites y tantas otras cosas. Como todo el mundo, yo también había ido a hacer compras, a disimular, a convencerme inútilmente de que el ramadán en París tenía un gusto, un sabor. Me mentía a mí misma, por supuesto. Pero hacía ya mucho tiempo que eso no me molestaba.

No sé por qué me acerqué a Mojtaba. ¿Necesidad de hacer una buena acción? ¿De salvar a alguien? Quizá.

Me planté frente a él. Lo miré. Levantó la mirada hacia mí. Y ahí, vi qué apariencia tenía realmente. En dos palabras: era sublime. Un joven magnífico. Y, visiblemente, perdido.

Entendí enseguida que no era árabe. Musulmán, sí, pero árabe, no. También que era tierno, dulce, melancólico. Se veía inmediatamente. Había algo en él que me resultaba próximo, familiar.

No era un flechazo.

Empujada por una especie de sentimiento fraternal, me acerqué a él. No podía hacer otra cosa.

Tenía los ojos cansados, las mejillas muy hundidas. Llevaba una barba suave que reclamaba una caricia. Tenía los miembros fatigados.

Parecía estar exhausto. Estaba claro, iba a caerse, a desmayarse de un momento a otro.

Mojtaba seguía mirándome.

Entonces lo capté todo de su alma. Vi desfilar su destino entero ante mí.

Viene de lejos, este muchacho, de muy lejos. Lleva errando mucho tiempo. Se desplaza sin descanso. Ya no tiene un centro. No sabe de dónde sacar energía para seguir viviendo.

Me aproximé a él. Lo cogí del brazo. Le hacía falta. Me hizo esta pregunta en un francés castigado y encantador:

«¿Es lejos Barbès?»

Contesté con una gran sonrisa:

«No mucho. Un poco más allá, en la línea 2 del metro.»

No tuvo tiempo de oír mi respuesta. Perdió el conocimiento.

Aparte de en el momento del goce sexual, nunca había visto una cosa así. Un hombre que desfallece, que pierde el control de su cuerpo, de su mente, de su energía. Un hombre que se derrumba.

Lo seguí en su caída intentado retenerlo, ralentizar el movimiento de su cuerpo hacia abajo. Lo logré.

Ahora estaba sentada en el suelo y tenía al hombre en mis brazos. La gente empezó a apelotonarse alrededor nuestro. En general indiferentes, de repente se habían vuelto amables.

«¿Qué podemos hacer para ayudarlos, señora? Díganos… Díganos…»

Pedí que pararan un taxi.

Por supuesto, como de costumbre en París, fue imposible encontrar uno libre.

Al cabo de un cuarto de hora, a una mujer que pasaba por allí se le ocurrió llamar uno con su móvil. Tenía un número de cliente habitual.

He vivido muchos dramas y tragedias en París. Aquí he conocido lo sucio, lo podrido, lo sórdido, lo innombrable. Ya nada me impresiona. Ya nada me afecta. Solo me guía mi amor loco por Iqbal, me sirve de brújula. Lo he visto todo. Y he sobrevivido a todo.

Pero nunca en mi vida he visto nada más bello que el encuentro con este muchacho que venía de muy lejos y que se desvaneció en mis brazos.

No intenté despertarlo allí mismo. Me limité a verificar que respiraba y acerqué su cabeza a mis senos. Si hubiera podido, le habría dado el pecho.

Conozco a los parisinos. Y conozco a los árabes en París. Rara vez tienen un arrebato de solidaridad. Sálvese quien pueda. Cada uno por su lado. En su burbuja. Sobre todo en la calle. En el metro. En el autobús.

Mojtaba invirtió, derribó el orden establecido. En el momento mismo en que todo iba extremadamente mal, en que las líneas de nuestras vidas falaces no llevaban a ninguna parte, se produjo un instante de gracia. Todo el mundo se precipitó a ayudar al joven desmayado. A devolverlo a la vida. A cogerle la mano. A darle calor.

«¿Qué tiene, señora? ¿Qué le pasa? ¿Qué podemos hacer?»

«No hay que dejar que se muera. Es tan joven. Tan guapo…»

«¡Póngale este terrón de azúcar en la boca!»

«¡Léale una sura del Corán! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Es importante! ¡No tenga miedo!»

Hice todo lo que me dijeron. Seguí los consejos.

Lloré. No fui la única. Recé. Tampoco me dejaron sola.

Nadie tuvo la idea poco apropiada de preguntarme cuál era mi relación con Mojtaba. Seguramente lo sintieron todo, vieron la evidencia del hilo que nos ataba el uno al otro. Hasta el taxista pareció conmovido. Se negó a cobrarme y me ayudó a llevar al joven hasta mi apartamento.

Aquella noche no quise aceptar a ningún cliente. Apagué el móvil. Y cuidé de Mojtaba.

Puse un poco de leche con tomillo a calentar. La eché en un gran tazón. Le puse mucho azúcar. Y preparé una pasta de dátiles.

Di todo aquello a Mojtaba que seguía dormido. Tardé mucho. Le abría la boca y deslizaba dentro la cuchara llena de leche caliente y muy dulce. La sacaba. Volvía a empezar.

Esperé dos horas junto a su cuerpo.

Le quité la cazadora. Los zapatos. Lo cubrí con una sábana verde de flores. Me ocupé de su gran bolsa de viaje. La abrí. Saqué la ropa. Estaba toda sucia. La lavé a mano. La colgué un poco por todas partes para que fuera secándose.

Cogí una toalla blanca y la mojé en agua muy caliente. Le retiré los calcetines a Mojtaba y, con ayuda de la toalla caliente, me puse a limpiarle y calentarle los pies.

Ese calor fue el que lo devolvió al mundo. Abrió los ojos. Me miró. Algo sorprendido. Lo miré. Me reconocía. No tenía miedo. Y se puso a hablar en una lengua que yo no entendía. Volvió a empezar en un francés vacilante:

«Gracias… Gracias… Muchas gracias. Me llamo Mojtaba.»

Contesté con una dulzura nueva en mí:

«Bienvenido a mi casa… Soy Zahira… Soy marroquí… ¿Y tú?»

Me miró durante tres largos segundos.

«Soy iraní.»

He de confesar que estaba un poco sorprendida. Antes de que me lo revelara, no me había imaginado su país de origen.

Antes de conocerlo, nunca había oído un nombre como el suyo.

Mojtaba.

De una manera algo confusa, intuitiva, entendí, y le inventé un sentido a esa palabra, a ese nombre persa. Algo así como «El que aspira a…», «El que responde a…», «El que tiende hacia…» «El que va a…»

Puede que me confundiera.

Mojtaba sacó el brazo de debajo de la sábana verde y me tendió la mano. Le tendí la mía. Nuestras manos se encuentran. Cada una aprieta la otra. Mucho rato. Ninguna ambigüedad. Ninguna malicia. Ningún sentimiento falso. Acabé por bajar la vista. Me volví tímida como una chiquilla pura. Le solté la mano. Me fui a la cocina para prepararle algo de comer. Su voz me siguió. Me hacía una pregunta:

«¿Es mañana ramazán en Francia?»

«¡Ramazán!», ¿De qué hablaba? Acabé, al cabo de unos segundos, por entender que se refería al ramadán.

Me volví hacia él.

«Sí, mañana es el principio del ramazán en París.»

Me hizo otra pregunta, un poco incómoda:

«¿Usted lo hace?»

Su pregunta me hizo entender que él sí lo hacía, que ayunaba. Así que mentí:

«Sí, lo hago.»

Sin dudar, me propuso lo siguiente, ese viaje en el tiempo:

«¿Lo hacemos juntos?»

Pensarlo no servía de nada.

«De acuerdo, Mojtaba. Ayunamos juntos… De acuerdo…»

De lejos lo veía sonreír. Volví a la preparación de mi plato y yo también sonreí. Estaba encantada. Mojtaba iba a quedarse un mes entero en mi casa.

Rechacé a clientes durante los tres primeros días de ramadán.

Tenía que encontrar el medio de hacerle entender la naturaleza de mi oficio. Él veía que durante el día mi móvil no sonaba prácticamente nunca. Por la noche, sin embargo, tras la ruptura del ayuno, las llamadas no paraban. Yo nunca contestaba delante de él. Salía al rellano y repetía a todo el mundo la misma mentira: «Lo siento, estoy muy enferma. Llámame dentro de unos días». Y volvía al apartamento donde Mojtaba parecía haber encontrado ya su sitio.

No me molestaba nada de él. Apreció cada día un poco más su presencia física, espiritual. Su voz. Su inocencia mezclada con cierto sentimiento de rebeldía.

Ramadán es, por supuesto, un mes agotador. Dormíamos hasta bien entrada la mañana. A primera hora de la tarde, veíamos en la tele por cable las series egipcias, o bien le enseñaba algunas de mis películas hindúes preferidas. Hacia las 18 horas, me ponía a preparar los abundantes platos que íbamos a comer para romper el ayuno.

Me resultó bastante fácil hacer que le cogiera gusto a la comida marroquí típica del mes de ramadán.

Para empezar: la *harira*, las regaifas con una mezcla de miel y aceite de oliva, los huevos revueltos con comino, la leche caliente con tomillo, el puré de dátiles. Dos horas después: té con menta muy azucarado acompañado de *sfouf* y de diferentes *chebakias*.

Más tarde, en la noche: un tayín.

Preparé a Mojtaba todos los tayines cuyos secretos conocía. Su preferido era el mismo que el de Zannuba, el preparado con cordero, patatas, hinojo, limón confitado y olivas. El gusto del hinojo lo cambia todo, lo impregna todo. Zannuba me dijo un día que había tenido un sueño donde compartía ese tayín con Zineb, la hermana de mi padre desaparecida hacía ya unos decenios. Zineb era feliz, estaba muy sonriente y era ella la que le ponía el alimento en la boca a Zannuba. En el momento de ese sueño, Zannuba todavía se llamaba Aziz y vio en ello una señal: tenía que ir, costara lo que costara, hasta el final de su destino, convertirse en mujer, totalmente mujer. Coger cita, por fin, con un cirujano para pasar al acto.

Zannuba le puso nombre a ese plato: el tayín de Zineb. Decía que era Zineb la que lo preparaba a través de mí. Así venía a visitarnos.

Mojtaba se quedó conmigo solo un mes. Reclamó el tayín de hinojo al menos dos veces por semana. A fuerza de verme cocinarlo, acabó por aprenderse de memoria la receta.

«Me acordaré siempre de este plato, Zahira. Siempre.»

Sé que cumplirá su promesa. Esté hoy en Londres o en Estocolmo, sé que de vez en cuando prepara ese tayín. Para él. Solo para él.

Al cabo del quinto día Mojtaba empezó a salir a pasearse entre las 22h00 y medianoche. Me las arreglaba entonces para atender a todos mis clientes en esas dos horas.

A su vuelta, cenábamos. Veíamos las cadenas de televisión árabes y, a veces, iraníes. Descubrí, gracias a él, que con el cable también podía ver esas últimas.

Poco antes de que amaneciera nos tomábamos la leche caliente, comíamos unos dátiles y nos preparábamos para ir a dormir. Nos lavábamos los dientes. Nos acostábamos cada uno en un rincón. Apagábamos las luces. A veces Mojtaba cantaba bajito poemas de su país. No los entendía. Pero me encantaban. Todos.

No sé nada de Mojtaba. De su vida de antes. De sus estudios. Sus padres. Sus amores. Su porvenir.

Veo a Mojtaba. Le doy derecho a todo. No pide nada. Solo quiere estar conmigo.

Vivo a través de la vida de Mojtaba. La vida que hace, que crea conmigo, delante de mí. Para mí.

Doy lo que puedo a Mojtaba. Todo.

Soy yo la que le froto la espalda cuando se lava, cada dos o tres días, en mi minúscula ducha. No me vuelvo cuando se cambia de ropa. Miro. Miro todo ese cuerpo iraní, persa con sabor musulmán. Día tras día, ese cuerpo desnudo y sus detalles han ido entrando en mi memoria. En mi corazón.

Una dulzura increíble. Un mar de ternura. Ríos de amor infinito.

Un día, casi al final de ramadán, me dijo:

«Sueño desde hace tiempo con ir al Jardín de Luxemburgo. ¿Lo conoces?»

Me quedé bastante extrañada. Aparte de la Torre Eiffel, el Sacré-Coeur y Notre-Dame, en realidad no conocía los monumentos de París. Y la idea de visitarlos nunca se me pasó por la cabeza.

«De oídas, Mojtaba… Solo de oídas.»

Entonces propuso:

«Quiero ir a verlo hoy, Zahira. ¿Vienes conmigo? ¿Está lejos de aquí?»

Hacía calor aquel día. Cruzamos a pie los barrios y los distritos que nos separaban de ese parque.

Barbès. Gare du Nord. Gare de l'Est. Rue du Faubourg-Saint-Denis. Les Halles. Châtelet. Cité. Saint-Michel. Odéon. Saint-Germain. Saint-Sulpice. Rue Servandoni. El Jardín de Luxemburgo.

En la Place Saint-Sulpice quiso visitar la iglesia. Lo seguí. Me mostró varios frescos pintados en los muros. Se detuvo un buen rato delante de uno de ellos. Se ve a un hombre y un ángel luchando entre sí junto a un río y un árbol. ¿Quiénes son? ¿Quién va a vencer? Su combate parece eterno. En esa iglesia, no hacía más que empezar. Detrás de ellos, otros hombres, viajeros sin duda. No se fijan en lo que pasa en primer plano. La disputa tenía lugar solo para Mojtaba y para mí.

Salí de la iglesia y esperé en los escalones. El sol pegaba muy fuerte. Triunfaba.

Cuando Mojtaba se reunió conmigo, le propuse ir a tomar algo antes de entrar en el parque. No le sorprendió. Ninguno de los dos recordó al otro que estábamos en pleno mes de ramadán.

Pedimos lo mismo. Orangina. Empecé a beber. Él hizo lo mismo que yo. Nos quitó la sed, nos refrescó.

No nos quedamos mucho tiempo en el café.

Ya eran casi las 20 horas cuando llegamos al Jardín de Luxemburgo. Solo faltaba una hora para el cierre y esa tarde, ese parque inmenso, impresionante, grandioso, estaba ya casi vacío.

Mojtaba se quedó mirándome. Estaba encantado.

«Los franceses se han ido. El Jardín es nuestro.

—Una hora solo, Mojtaba. No lo olvidemos.

—No pasa nada.

—¿Vamos juntos, Mojtaba?

—Vamos juntos, Zahira.»

Me cogió de la mano y me hizo recorrer los diferentes monumentos. Dijo varias cosas sobre la historia del lugar, su construcción, sus múltiples renovaciones, su arquitectura. No retuve nada. No debía de interesarme. Citó numerosos nombres complicados y franceses que tampoco me decían nada. Los olvidé enseguida. Junto al gran estanque, me soltó la mano.

«¿Me esperas aquí, Zahira?

—¿Por qué?

—No te preocupes. Voy a volver.

—Pero ya no queda nadie en estos jardines, Mojtaba. Pronto nos echarán.

—Lo sé. No tengas miedo. Vuelvo en cinco minutos.»

Ese parque era suelo extranjero. Durante cinco larguísimos segundos mi cuerpo fue presa de un ataque de pánico monumental. Conseguí acallarlo sin saber de dónde había sacado la energía necesaria para hacerlo. Miré a mi alrededor. Lo que veía me resultaba familiar. Hierba. Flores. Unos cuantos árboles. Pero enseguida dejó de parecérmelo. Nunca he venido aquí, a este barrio, a este mundo. Nunca he respirado este olor. Reconocía algunos edificios que formaban parte de la historia de este país, pero solo a través de recuerdos lejanos. De imágenes viejas de París vistas en la televisión marroquí, con mi padre, algo antes de su muerte. Imágenes concebidas para hacer soñar. Para aplastarnos un poco también. «Este mundo no es para vosotros. Mirad, pero solo de lejos, a través de la pantalla. No vengáis. Quedaos donde estáis. Esto no es para vosotros.»

Debí de recibir el mensaje alto y claro porque, desde que vivo en París, nunca tuve ganas de venir a ver estos jardines bellos y fríos. Mojtaba sí tenía ese tipo de sentimientos por París. Estaba solo de paso.

Yo entendía su fascinación por esta ciudad y sus riquezas culturales

pero no teníamos el mismo vínculo con ella. No teníamos la misma idea de qué era lo esencial: yo estaba con Mojtaba, compartiendo el momento. Solo por él.

Enseguida me entraron ganas de volver a mi terreno, a mi París.

Fijé la mirada en el estanque que se hallaba frente a mí. Vi fantasmas. Genios, no. Fantasmas muy viejos que se disponían a salir.

Cerré los ojos inmediatamente. El ataque de pánico volvía a hacer su aparición. Grité:

«¡Mojtaba! ¡Mojtaba! ¡MOJTABA!»

Abrí los ojos. Estaba ahí. Delante de mí.

«Ven, Zahira. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué tienes?

—No hables. Sígueme… Sígueme…»

Me cogió otra vez de la mano. Y fuimos a escondernos a un rincón oscuro.

Los guardas pasaron de largo.

Cayó la noche.

En el Jardín de Luxemburgo quedaban solo dos extranjeros. Dos tipos que se habían colado. Dos críos que se preparaban para jugar, pelearse, correr a perseguirse. Un hermano. Una hermana.

Aquella noche no dormimos. Mojtaba me abrió otras puertas. Otros mundos. Otros secretos.

Seguía haciendo ese calor asfixiante del verano.

Cuando nos agotamos a fuerza de caminar por el parque en todas las direcciones, nos tumbamos en la hierba. Mojtaba sacó unos caramelos de los bolsillos y de su mochila.

Era nuestra comida de ruptura del ayuno. Y nuestra cena también.

Luego nos venció el sueño.

Cesaron los ruidos nocturnos de París. A partir de ese momento, todo iba a mezclarse. Dejar de existir como habían decidido los hombres.

Volver al mundo primigenio.

Cuando me desperté a la mañana siguiente muy temprano, Mojtaba había desaparecido. Para siempre.

Junto a mí, había dejado dos cartas. En la que era para mí me daba las gracias de corazón, me decía adiós, me pedía que mandara la segunda carta y me autorizaba a leerla antes de enviarla.

Me fui del parque, triste y enfadada.

Crucé París a pie en sentido inverso. Habría podido coger el metro. El deseo de rehacer el camino que había recorrido con Mojtaba la

víspera pudo más.

Junto a una oficina de correos de Barbès encontré a un traductor turco que también sabía persa. Su local era pequeño, estaba vacío. Me invitó a sentarme. Preferí permanecer de pie mientras me traducía la otra carta.

LA SEGUNDA CARTA DE MOJTABA

Querida mamá:

Un tierno saludo para ti y para tu corazón.

En este mundo donde me encuentro, y que sin duda nunca conocerás, todo es nuevo. Todo está ya en funcionamiento. Decidido para siempre. Se llama París. La capital de Francia. Ya sabes, ese país donde el hermano de mi padre fue a vivir después de la revolución de 1979 y donde murió, sin duda asesinado, dos años después. Aquí estoy. En esta ciudad. En ese nombre vacío para ti, que tengo que rellenar yo rápidamente.

Solo estoy aquí de paso. He conocido a una mujer. Se llama Zahira. Tiene un alma muy grande. Me ha acogido en su casa, y ya llevo ahí casi un mes. Me voy a ir pronto. No me atrevo a decirle adiós.

Voy a confiarle esta carta que estás leyendo. Le he dicho que podía leerla si quería. Está escrita en farsi. Zahira encontrará a un traductor para poder entender lo que te escribo. A través de estas palabras, de mis palabras para ti, mamá, os conoceréis.

Salam a ti, Zahira.

Salam a ti, mamá.

No sé si algún día volveré a veros. El destino y la fatalidad me han llevado a otro lugar.

Tenía que huir de Irán y de Teherán, mamá. No tenía alternativa. Espero que contestes: «Sí, lo sé, Mojtaba, lo sé».

No me dieron elección. Tenía que salvar la vida. Irme de inmediato. Si no, era la cárcel para siempre. Andaban buscándome. Los asesinos del régimen. Los servicios secretos querían detener a toda costa esa revolución de 2009. Matar a los jóvenes y acabar con la contestación masiva. Apagar un gran fuego. No queríamos a ese presidente fantoche, Ahmadineyad, ese hombre a quien la mayoría de los iraníes no había votado. Yo estaba entre esos jóvenes, mamá. Nunca te lo dije a la cara. Pero lo entendiste todo. Y permanecimos en silencio. Como siempre. Sé perfectamente que el silencio entre tú y yo no se parece a su silencio. El que imponen a todos desde la mañana hasta la noche. Nosotros, en nuestra casa, solo quedábamos tú y yo. Yo te imaginaba a ti, sola. Pero nunca pensaba en el silencio que te rodeaba a ti también. ¿Cómo es ahora ese silencio? ¿Cómo estás sin mí? ¿Cómo van las cosas en Teherán, ahora, sin Revolución verde, sin los ruidos del furor? ¿Comes, mamá? ¿Comes bien? ¿Duermes? ¿Duermes

bien?

Sé que lees algo en inglés. Junto a esta carta encontrarás en el sobre unas fotocopias de los artículos que he escrito en la prensa inglesa. Yo era el corresponsal secreto del diario The Guardian. *Acabaron por descubrirlo todo. Por encontrarme en plena calle, participando yo también en las manifestaciones.*

Y me dispararon, mamá. ¡Vi la muerte! ¡Vi la muerte!

No tenía elección. Tenía que marcharme.

No quería implicarte en todo esto. Que llegaran hasta ti. Tú no tienes nada que ver en esta historia. Seguro que pasaron a verte después de mi huida. No me cabe la menor duda. Espero que no te hayan hecho daño. Mamá, lee estos artículos y quémalos después. No esperes a hacerlo. Sigue este consejo. Es muy importante. No quiero preocuparte. Saldré adelante. Me las arreglaré. Siempre encontraré una solución. Un lugar. Un techo. Un plato que comer. A pesar de todo tengo ganas de decirte que estoy cansado. Tan cansado. Hace un año exactamente que me obligaron a marcharme. De un día para otro tuve que dejarlo todo. Salir del mundo. De ese nombre: Irán. De la vida. Nunca quise irme de Irán. Me siento unido a todo lo de allá. A todo lo que eres tú, nosotros, a lo que hemos creado juntos. A todo lo que heredé. Nunca quise darte la espalda. Abandonarte. Huir. De todas formas, los muchachos como yo nunca dejan a su madre. Me siento sumido en un vacío. Todo está vacío. Hasta París está vacío. Me tiraron desde allá arriba. Un año después, no se ha terminado la caída.

No se ha terminado.

Querría decirte todo esto, mamá. Es importante. No soy un ángel ni un diablo. No soy ni un musulmán piadoso ni un borrachín. Pero en un momento dado, yo también soñé. Eso es todo.

Para ellos, mi crimen es ese. Dicen que he traicionado a la nación, al islam, a la Historia, al pueblo, al alma del pueblo iraní y a no sé qué más. No es verdad, mamá. No los creas. No los creas. París era solo una etapa. Podía elegir entre Londres y Estocolmo. Creo que me encontrarían bastante fácilmente en Londres, porque se enteran de todo. Me queda solo Estocolmo. Allí pediré asilo político. Para algunos, debe de ser una perspectiva muy excitante, Estocolmo. Para mí, no, mamá. No tengo ninguna idea de la realidad de esa ciudad, aparte de los libros y algunas películas. No tengo nada en contra de Estocolmo. No me veo viviendo allí. No quiero vivir en una idea, en el interior de una ciudad-idea. Sin embargo, tengo que ir allí mañana mismo. Sin decirle adiós a Zahira. Es mi destino. No saber decir adiós. No encontrar nunca en mí el valor para hacerlo. No sé nada, o casi, de Zahira. Ella tampoco sabe nada de mí. A través de esta carta, por fin descubrirá un poquito.

Zahira: sé dónde vives, tengo tu e-mail, conservo en mí tu sabor y el de tu cocina. Volveré un día. Volveremos a encontrarnos. Está escrito.

Estoy de camino. Quizá ya en Estocolmo. Ya perdido allí. En el momento en que escribo esta carta, me duele todo. Tengo la impresión de que todas las alergias se despiertan en mí, en mi cuerpo, incluso las que tenía olvidadas desde hace mucho tiempo, desde la infancia. Mamá, debes conocerlas mejor que yo. Los intestinos sobre todo: no me dejan nunca tranquilo. Siempre tengo algún problema con ellos. Terminé por acostumbrarme. Pero ahora está convirtiéndose en algo más que un problema. Es más bien un dolor enorme y continuo. No sé qué hacer para aliviarme. Las hierbas que me dabas tú, mamá, nunca las encontraré aquí, en esta parte del mundo. Ir al servicio se ha convertido en un infierno. Permanezco ahí durante horas. Intento recordar algunos de tus gestos. Los reproduzco en mí. Me masajeo el vientre, el pecho y las pantorrillas de la misma manera que tú. Me sienta bien, me calma. Me olvido del dolor, de mi vientre rabioso por unos instantes. Pero el dolor nunca tarda en volver. Será siempre así. Algo lejano que vuelve, sin duda mi yo de antes, mi yo olvidado pero que sigue ahí, mi yo que ha vuelto seguramente para vengarse.

Perdón, mamá, por hablarte así, como en los libros. Soy capaz de entender, de analizar todo lo que me sucede, lo que me espera. Pero en ningún momento eso me ayuda a soportar la vida que me va a tocar vivir. Errar. Eso será en adelante la vida. No te preocupes, mamá. Sobreviviré. Te llevaré conmigo y sobreviviré.

Querría pedirte un pequeño favor. Quizá no debiera, pero no tengo elección. Eres la única persona que podría hacérmelo.

Me da un poco de vergüenza.

¿Te acuerdas de Samih, mi amigo de la universidad? Venía a casa a menudo. A ti te caía bien, creo recordar. Es moreno de ojos verdes. Muy delgado. Le decías todo el tiempo: «Estás demasiado flaco, hijo mío. ¡Come! ¡Come!». Él sonreía cada vez. No se atrevía a contestarte nada. Una vez en mi cuarto, me decía que te diera las gracias de todo corazón por tus atenciones y tu ternura. Le conmovía mucho, esa mirada tuya, maternal, generosa. Creo que nunca te transmití su agradecimiento.

Lo veía todos los días, a Samih. Estaba más que unido a él. Por mi corazón. Por el amor.

¿Entiendes, mamá?

Sé que lo entiendes.

Bien, pues pasa esto: no tengo noticias de él desde hace más o menos tres meses. Ya no me envía e-mails. Me da miedo que hayan descubierto nuestra relación secreta, íntima, y también su participación en mis investigaciones políticas para el periódico inglés.

Samih vive en Beryanak, justo al lado de un supermercado abierto las 24horas. La casa familiar es amarilla. De tres plantas.

Me gustaría que fueras a esa casa. Que llames a la puerta y que

preguntes por él. Invéntate una historia para justificar ante su familia por qué has ido a su casa y sobre todo por qué querrías tener noticias suyas.

¿Es demasiado para ti ir a llamar a la puerta de personas extrañas y, además, tener que mentir?

Entonces, di la verdad. Di mi nombre. Cuenta mi historia. Mi salida del país por razones políticas. Mi huida. Cuéntales tu tristeza. Tu soledad. Eso los conmoverá y les infundirá confianza. Y te hablarán de él. De Samih.

Mamá, es importante que lo hagas. Necesito saber qué le ha pasado. ¿Se encuentra bien de salud? ¿Está vivo? ¿Muerto? ¿Herido? ¿Y por qué ha dejado de escribirme?

Si su madre te dice que está en la cárcel, reza por él y no vayas a verlo. Si se niega a hablarte, no insistas. Intenta adivinar lo que quiere decirte pero no te atrevas a más. Como muchos, tendrá miedo. Como tú, quiere proteger a lo que más quiere, a lo más importante para su corazón.

Y si el milagro se produce, si Samih está en la casa, pide verlo. Y cuando esté frente a ti, mira bien cómo es: bueno, tierno, guapo. En él encontrarás un poco de mí, e incluso mucho de mí.

Dile simplemente: «Mojtaba me ha encargado que te salude de su parte, que te transmita su salam. No te olvida».

¿Es demasiado todo eso para ti, mamá? ¿Sí? ¿No? Estoy lejos de ti y la distancia me vuelve audaz. Pero sigues siendo mi madre. En estos momentos, eres más que mi madre.

Estábamos solos los dos en Irán. No podíamos contar con nadie.

Ahora estás tú allá, separada de mí, siempre, para siempre, una gran presencia en mí.

Estoy yo aquí, en este mundo vacío, sin tus oraciones ni tus enfados.

Debes ir a ver a la familia de Samih. Te sentará bien. Saldrás. Andarás por las calles. Tendrás un fin. Una misión. Un autobús que coger. Una dirección que buscar. Una casa amarilla que encontrar. Llamarás. Puede que sea Samih quien te abra. Te reconocerá. Lo reconocerás.

Hazlo. Da ese paso. Haz esa visita, mamá. No llores. Pase lo que pase, no llores. Simplemente, cierra los ojos.

Vuelve a la casa. A nuestra casa. Aún será de día. Deja todo a oscuras. Hay que cerrar las persianas y correr completamente las cortinas. Sabrás donde ir. Al centro de nuestra casa. Ahí estaré. Ahí estaré. Estoy contigo. Pase lo que pase después de la visita a Samih.

Allah no puede pertenecerles solo a ellos. Zahira, la mujer de París, lo conoce mejor que ellos. Estoy convencido, puesto que así lo cree, de que ella irá al paraíso después de su muerte. Como tú, mamá. Contigo. Samih y yo: supongo que no. Pero no es grave. Lo que cuenta: son estas palabras que estoy escribiéndote a partir de mi oscuridad.

No estás aquí, delante de mí. Pero te veo.

Yo no estoy allí, junto a ti. Pero ¿a que me ves? ¿A que sí? ¿A que sí?

Hasta pronto, mamá. Hasta muy pronto. Ya sabes dónde podrás escribirme a partir de ahora. A la dirección secreta de París.

Hasta pronto, Zahira. Desde el corazón de mi corazón, te digo, una vez más: gracias, gracias, gracias.

Volveremos a encontrarnos. Todos. Un día. No me cabe ninguna duda. Os envío un beso a las dos, un beso tierno…

Mojtaba
París, agosto de 2010

3

QUE SE QUEME

Debe morir.

Es su destino. Es así. Inútil resistir. Es más fuerte que todos nosotros.

Estoy en tu sueño, Zahira. No puedes hacer nada. Me he apoderado por completo de ti. ¿Me oyes? Estoy en tu cabeza. En tu noche. Quieras o no quieras, la carrera ha comenzado. Ya no puedo detenerme. Como tantos otros antes que yo, he recibido la orden. La acato. Te persigo. Debo confesar que no me lo esperaba en absoluto. No sabía que los Amos, los genios, estuvieran tan interesados por los hombres. Son ellos los que me poseen, ahora.

Una fuerza me empuja. Lo he dejado todo. Ando. Corro. Vuelo. Voy hacia ti.

El *mektub* va a cumplirse, Zahira. Tu *mektub*.

Creías haberte escapado de nuestro mundo, de nuestro Marruecos y sus violencias ordinarias. Te creías liberada para siempre. Lejos de todo juicio. Pensabas que te habías deshecho de nosotros. Como la hermana de tu padre, Zineb, te creías dueña de ti misma. Que podías marcharte y no volver nunca más. Zahira para ti sola. Pensabas que eras capaz de fundar en otro lugar las bases de un nuevo mundo. Lejos de nosotros. Lejos de nuestras miradas.

Eres quien eres. Zahira hija de Salé hasta en París. Tarde o temprano habría que traerte con nosotros. Viva o muerta. Desde el instante mismo de tu partida, tu huida estaba condenada al fracaso. Puede que tu tía Zineb consiguiera forjarse otro destino, olvidar por completo sus orígenes, sus primeras voces. Tú no. ¿Me oyes? Tú no. Tú no eres Zineb. Nunca serás una leyenda como Zineb. No. No.

Yo ya no pensaba en ti. Había olvidado casi por completo nuestro pasado. Tus hermanos pasaban a verme dos veces al año. Verificaban que hacía bien mi trabajo para vosotros, para ti. Vigilar y administrar las tierras, vuestras hectáreas en Tadla, a los pies del Atlas.

Vuestras tierras. El vacío. Dos montañas ahí. El cielo que se

extiende más y más. Mi cabaña. Ese era el decorado de mi vida después de ti.

He de estar aquí. Siempre aquí. Fiel guardián. Sobre todo no marcharme nunca de este territorio. Al acecho de la amenaza que nunca llegará. Hoy lo sé. Aquí. En el campo, con sus tristezas pesadas y sus crímenes comunes. El mundo espantoso y yo. Solos. El viento que pasa, que sopla sin cansarse jamás.

Siempre he hecho bien mi trabajo. Mi sueldo, dos mil dírhams al mes, lo enterraba bajo la cabaña. Debajo de mí. Los obreros de una fábrica de los alrededores me traían cada semana algo de comida. Les pagaba correctamente. No hablaban.

Un día, hace una semana exactamente, uno de ellos dijo:

«Zahira es una puta.»

¿Hablaba de ti?

«Zahira, la chica que conociste hace tiempo, se ha hecho puta de los franceses. En París.»

¿Hablaba en serio?

«Es Zahira la que paga todo aquí… Y también tu sustento… Es ella la que ha comprado estas tierras… Sus padres han dejado de ser pobres gracias a ella, gracias a su dinero *haram*… También paga tu sueldo…»

Silencio. Bajó la vista.

«Según parece, tu sueldo lo envía ella cada mes por Western Union.»

Bajé la vista. Cuando la levanté, el obrero ya se había ido. ¿Realmente vino a verme? ¿Dijo lo que dijo? Estaba soñando. ¿Sí? ¿No?

Ella debe morir.

Es su destino. Es así.

Me fui de las tierras, de la cabaña.

Me dirigí al zoco. Busqué al obrero durante horas, todo un día. Acabé por encontrarlo en un bar improvisado del zoco. Estaba borracho. Pero yo necesitaba saber la verdad. Era el momento propicio. Entonces lo abofeteé, lo zarandeé, lo tiré al suelo. Me puse encima de él. Y lo miré con odio fijamente a los ojos. Lo confesó todo, por segunda vez, delante de todo el mundo:

«Sí, tu Zahira es una puta. Se abre de piernas con los infieles de la mañana a la noche. Lo que gana, es lo que ganas tú. Dinero del pecado…»

Y soltó una carcajada.

«¿Sigues queriendo casarte con ella, Allal? ¿Hacer de ella la madre

de tus hijos?»

Ese viejo sueño desapareció de mi corazón hace mucho tiempo. Zahira ya no existía en mí. No existe ya. No debe existir.

Le rompí dos botellas de vino vacías en la cabeza al obrero. Perdió el conocimiento. Sus amigos se ocuparon de él.

Me levanté. Me fui del zoco. Nadie intentó detenerme.

Volví a la cabaña. Lejos de todo, de nuevo. Me pasé tres noches sin dormir. Al principio de la cuarta acabé por recibir la orden.

Los veía y no los veía. Pero estaban ahí, los Amos, en la oscuridad de mi corazón. Me dijeron lo que debía hacer. Estoy encantado de obedecer. Todo ha de terminar. Hay que llegar hasta el final.

¿Cómo has podido hacerme esto, Zahira? ¿Olvidarme por completo y, años más tarde, humillarme de nuevo, hundirme, hacer de mí un hombre sin rostro? Del pasado lejano has vuelto para destruir lo poco que me quedaba de dignidad. Desde allí, desde la tierra de los franceses, me haces ver tu desprecio consumado. Tu segunda y mortal venganza.

Durante todos estos años, mientras todo en mí iba olvidándote poco a poco, tú pagabas por mí sin que yo lo supiera. Y esas mismas tierras donde sobrevivía, resulta que te pertenecen.

No. No. No. No. ¡No! No puedo aceptarlo. No puedo caer de nuevo. No quiero ni tu amor ni tu compasión, y aún menos ese dinero sucio que ganas entre los infieles.

No quiero volver atrás. A antes de que te hicieras puta. A verme delante de tus padres que bajan la vista en lugar de contestarme.

No me dijeron nada. Nada.

«Quiero casarme con Zahira. Quiero tomarla por esposa ante Allah y su profeta Mahoma. Estoy enamorado de ella. Creo que también ella me quiere. Soy buena persona. Como albañil, me gano bien la vida. Puedo alquilar y amueblar un piso cerca de esta casa, para ella y para mí.»

Nada. Ninguna respuesta. No había que desanimarse. Luché hasta el final.

«Es su hija. No pienso robársela. Soy una persona honrada. Puedo trabajar muy duro. No me da miedo el trabajo duro. Soy la rama cortada de un árbol. No tengo familia. No tengo a nadie en el mundo. Zahira será mi mundo. Todo, absolutamente todo para mí.»

Nada. Seguían sin decir nada. Y la desesperación se apoderaba poco a poco de mí.

Tu madre acabó por levantar la vista. Sin pronunciar una palabra, se me quedó mirando fijamente. Sus ojos lo dijeron todo.

Tu padre ya no estaba con nosotros. Se marchaba. Iba muriéndose

poco a poco. Todos sabíamos en el barrio que estaba muy enfermo.

Por fin, tu madre expresó su negativa categórica:

«Ve al espejo y mírate, Allal. Ves quien eres. ¿Lo ves bien? ¿Lo has entendido? Zahira nunca será para ti. Por lo menos en este mundo, no.»

Yo sabía que tú estabas escondida en la cocina, oyéndolo todo, Zahira. Tu madre, despiadada, me condenaba. Me cortaba la cabeza y los pies.

No hiciste nada. No lloraste. No gritaste. Ni siquiera intentaste hacerme una pequeña señal. Nada. El vacío.

Ya no vivíamos en el mismo mundo.

Más tarde me puse delante del espejo. Miré durante mucho rato. Vi lo que soy a pesar mío.

Soy negro. Marroquí y negro. Marroquí, pobre y negro.

Vosotros, tu familia y tú, erais marroquíes, pobres y no erais negros.

Debe morir, Zahira.

Es su destino. Es así.

Estoy de acuerdo con la sentencia. ¡Que le llegue también a ella la muerte! ¡Que le llegue la muerte de mis propias manos!

Te persigo, Zahira. Te encontraré fácilmente en tu París. No te servirá de nada esconderte. ¿Me oyes? Sigo en tu cabeza. Hago lo que quiero. Ahora tengo el poder en mis manos. Me lo han otorgado ellos.

Tú te preguntas: «¿Quiénes son ellos?».

No juegues conmigo, Zahira. Los conoces tan bien como yo. Tus Amos invisibles. Tus genios. Ahora son los míos. Me he pasado toda la vida evitándolos, apaciguándolos. No quería que me poseyeran. No quería. Han conquistado todo mi cuerpo, mi corazón y mi mente.

Veo a través de ellos. Viajo con ellos. Obtendré venganza gracias a ellos.

No habrá piedad para ti, Zahira. Iré hasta el final. La vida de un hombre debe tener un fin. Yo he encontrado el mío.

Durante todo un año me dijiste una y otra vez: «Te amo, *khouya* Allal. Eres mi hermano y mi amor. Te amo. Te amo. Llévame… Llévame lejos de aquí, de nuestra triste realidad… Llévanos…».

Nadie me ha dicho nunca más lo que me dijiste tú. Nadie me ha asociado nunca hasta ese punto a su sueño de siempre.

«Yo soy tuya, Allal, con o sin su bendición. Toma mi mano. Ya me has robado el corazón. Toma mi ojo derecho. Mi pierna izquierda. Mis gruesos labios. Mis pies demasiado grandes. Tómalo todo. Todo. Ya no soy yo. Soy tuya. Soy tú. Tú, Allal, amor mío.»

¿Por qué, Zahira? ¿Por qué me dijiste todo eso? ¿Por qué metiste en mi cabeza esas palabras dulces y grandes que salen directamente de las películas egipcias? ¿Por qué?

¿Por qué, como si fuera un cordero que te perteneciera, me marcaste así para toda la vida? ¿Quién, después de ti, iba a hacerme cruzar este mundo estrecho, abandonarlo sin pena, volar hasta las alturas más hermosas, dejarme besar un corazón loco y puro como el tuyo? ¿Quién? ¿Te preocupaste de mí más tarde, de mí en ese futuro incierto, sin tu cuerpo que me encendía?

¿Estás dormida, Zahira? Despiértate. Despiértate, Zahira, y dímelo. Despiértate y contesta a mis preguntas. Te doy la oportunidad de defenderte. ¡Vamos! ¡Habla! ¡Explícate!

Delante del espejo, después de la negativa de tu madre, repetí tus palabras de amor para herirlas, odiarlas, destruirlas, deshonrarlas.

Imposible.

Estaba jodido. Condenado de por vida al sufrimiento. Condenado al sufrimiento y solo. Sumido en la desgracia. Poco a poco decidí quedarme así. En este mundo cruel, no tenía ningún sitio adonde ir.

No conocía Marruecos. Los ojos de tu madre me revelaron su realidad. El odio. Profundo. Asumido. Por todas partes. Entre todo el mundo.

No soy más que un esclavo, ¿no es así? Un negro. Un *azzi bambala*. El de color. El tuargui. Un invisible. Un infrahumano. Eterno sirviente. Eterno excluido. No tenía familia. Creía ser de la vuestra. De la tuya. Más o menos. Pero, por supuesto, hay límites que no deben traspasarse. Hasta entre los más pobres de los pobres también hay líneas rojas.

Eres negro. Negro. NEGRO. ¡No lo olvides nunca!

Me habría gustado tanto tener valor para levantarme y escupirle a tu madre en la cara. Devolverle a la cara el odio y la desgracia a los que me condenaba, inflexible y sin ningún remordimiento.

Me habría gustado poder gritar tu nombre.

«¡Zahira! ¡Zahira! Zahira, ¿dónde estás? ¡Ven! ¡Ven a salvarme! Me hundo. Me muero. Me matan. Ven. No quiero estar solo. Seguir viviendo solo. ¡Zahira, amor mío! ¡Zahira, mi hermana y mi hijita! ¡Zahira, mi norte, mi camino! ¡Zahira, mi alquibla! ¡Zahira, mi vida y mi fin! Todos mis recuerdos más hermosos.»

«Nací de noche, tienes razón, pequeña Zahira. ¿Cómo lo sabes? Nací color carbón pero no hago daño, no. No. Nací lejos.

—¿Dónde?

—Nunca lo sabré.»

Ese fue nuestro primer diálogo, Zahira. Nuestros ojos se

encontraron. Comprendí inmediatamente. Tú también comprendiste, lo sé.

Tú tenías apenas 12 años. Yo tenía 25.

Había que esperar. Cinco años.

Nunca dudé. No sabía nada de ti, de lo que te sucedía, de lo que se te pasaba por el corazón, por la cabeza. Pero venías. No me olvidabas. Me buscabas. Sabías encontrarme. Acababas siempre por encontrarme. Había muchas obras por entonces en Salé. Yo trabajaba mucho. Y me ganaba bien la vida de albañil.

Tú venías y me hablabas con ternura.

«Te he traído regaifas de mantequilla rancia. ¿Te gustan, Allal?»

«He comprado doscientos cincuenta gramos de mandarinas para ti, Allal, hermano. No me digas que no te gusta esta fruta.»

«De vuelta a casa, me he cruzado con un vendedor de manzanas caramelizadas. Me ha dado dos pero solo me ha cobrado una. Es para ti, la segunda. Tómala, Allal… Tómala, hermano…»

«Mi madre ha hecho hoy un plato de garbanzos con manitas de buey increíblemente delicioso. Tienes que probarlo, Allal. Está de muerte. Buenísimo. Ya verás. He robado esta ración para ti. ¡Venga, come! Come y ya me contarás.»

«El pan aún está caliente, recién salido del horno público, Allal. He cortado este cuarto y le he puesto un poco de aceite de oliva. Es todo lo que tenemos estos días en casa. No es gran cosa. ¿Quieres? Toma. Repondrás fuerzas… Toma…»

Tu madre no es una madre. Tu corazón, Zahira, aunque es tierno y generoso, debe de tener algo de la dureza de esa mujer, de su maldad. De su intransigencia.

Da miedo, tu madre. Transforma a los hombres en estatua, en arena, y los pisotea.

Ese día, ante su mirada asesina y su negativa a mi petición de tu mano, entendí que yo nunca debiera haber nacido.

Tenía que irme. Alejarme del anatema de tu madre.

Hui.

¿Dónde evadirse cuando no se conoce de Marruecos más que una ciudad, Salé, un único río, el Bu Regreg, un solo mar, el océano Atlántico?

¿Dónde partir para morir un poco más?

Me fui de nuestro barrio. De nuestro Bloque 15. Me adentré en el mundo. Crucé las ciudades y las medinas sin detenerme nunca. Rabat. Temara. Mohammedia. Casablanca. Settat. Khoutibga. El Ksiba. Souk Lakhmis.

Me alejé lo más posible de ti. No quería volver a reconocer el aire del mar que habíamos respirado juntos. Deseaba destruir el sabor de la

vida en mí. Abandonarme a la desgracia que se extiende por todas partes.

Frente a las montañas del Atlas, me detuve. No lejos de una ciudad, Beni Mellal. Pero en la soledad del campo. En Tadla.

Ahí dejé pasar los años.

El olvido existe. Quería, sinceramente, creer en ello.

Tu amor se había ido. No sé adónde.

Mi amor: lo asfixié con mis propias manos, noche tras noche.

De albañil pasé a ser jornalero.

El Negro. Así me llamaban allí. Respondía siempre. ¿De qué sirve resistir? Mejor ponerse en esa otra piel. En esa negación.

«Esta vida es solo una vida más. Habrá otras.»

Tú, Zahira, fuiste la que me dijiste un día esta frase. Estas palabras oscuras.

Acabé por entenderlas y aplicarlas en Tadla. En el olvido progresivo de ti. Solo era la primera vida, ahora lo sé.

Me resigné. En otras tierras, me inventé otra esperanza.

Un día volveremos a encontrarnos.

Estás dormida, Zahira. No puedes hacer nada. Esta vez el destino está de mi parte.

Sé lo que debo hacer.

Tú estás en París, en Francia, en Europa. Yo estoy en Tadla, en Marruecos, en África. Nos separan ciudades, mares, ríos, países.

Esta noche, las fronteras ya no existen. No necesitaré un visado. Ahora estoy por encima de todo eso.

Llevo una semana preparándolo todo. El cuchillo grande. No el de Aid el Kebir. Uno más grande aún. Dos manojos de menta que he puesto a secar. Dos vasos de té. Dos granadas: tu fruta preferida.

Adivino tus preguntas. Las leo.

El cuchillo es para degollarte. La menta para darte una muestra de la otra vida. ¿El paraíso? Un manojo en la mano derecha. El otro en la mano izquierda. Los vasos: uno para recoger un poco de tu sangre, el otro para romperlo contra tu frente.

Las granadas: tú sabes por qué. Símbolo de amor para todo un pueblo, los árabes, de los que yo no formo parte.

Después de ejecutar el sacrificio, me comeré las dos. Junto a ti, muerta. Me tomaré todo mi tiempo para desgranarlas. Para devorarlas. Y luego, beber un poco de tu sangre.

Cumplir el segundo sacrificio. Reunirme contigo en tu viaje. En otras tierras, en otro cielo. Con otros colores.

Esta vida es solo una vida más. Habrá otras. Lo sabemos los dos.

Tú morirás. Yo moriré. Se acabó.

Como tu tía Zineb, vamos a desaparecer de repente. No dejaremos cadáveres detrás de nosotros. Para quienes nos busquen, seremos un misterio. Eso será su problema. Que se las arreglen como puedan para entender. O no. Aceptar lo increíble. O no.

Te has vuelto impura. Sucia. Desflorada de la mañana a la noche. Yo, negro, voy a matarte y devolverte a la vida. Voy a vengarme y a reemprender el camino donde tu madre, con sus ojos fríos, lo detuvo todo. Esta venganza es muy importante para mí. Quiero ser ese criminal para los hombres de aquí. ¡Que guarden de mí un recuerdo horrible! ¡Que digan que finalmente soy lo que siempre pensaron que era! Un salvaje. Un sanguinario. Un caníbal.

Sí, soy todo eso. Ya no tengo miedo. ¿Por qué voy a tener miedo? Ahora están de mi lado, los genios, los Amos, el mundo invisible. El destino me dice que tengo razón. Quiero matar. Quiero cometer este crimen. Derramar sangre humana. La de la amada. La del amor. Eso o nada. Eso o renunciar. Nada de esperar. Me voy esta misma noche.

Es medianoche.

Estás dormida, Zahira, allí, en París.

En menos de diez horas estaré delante de ti.

Tu puerta está cerrada. Tu cuerpo está destruido. Tu alma está perdida. Gracias a mí te salvarás. Gracias a mí, a mi venganza, vivirás mucho tiempo. Gracias a mi crimen, olvidarás el resto. Todo el resto. Cambiarás. Te volverás negra. Negra como nosotros.

Sobre todo no te despiertes. De momento sigo de este lado de África. Tus raíces a pesar tuyo. A pesar de tu madre dictadora y a pesar de tu padre enfermo.

No salgo de tu cabeza, Zahira. Sigo en ti. Enamorado de nuevo. Asesino de camino.

Veo el mar Mediterráneo. Lo cruzo de una zancada.

Descubro España. La sobrevuelo en un abrir y cerrar de ojos.

Estoy en Francia. Subo. Subo. Subo. Biarritz. Burdeos. Poitiers. Tours. Orleáns. París. La torre Eiffel. Calles oscuras. Conozco tu apartamento. Tu cárcel. Franqueo la puerta. Estás dormida. No solo estoy en tu cabeza y en tus sueños.

Abre los ojos, Zahira. ¡Ábrelos!

Me conoces. Desde nuestra primera vida, me conoces. Sí, soy yo, Allal.

Déjate hacer. No llores. No tengas miedo del gran cuchillo.

Es fácil.

Es rápido.
Sobre todo, no te resistas.
Es nuestro destino.

PARTE III

INDOCHINA, SAIGÓN, JUNIO DE 1954

1

«¿Dónde estamos, Gabriel?

—En mis brazos, Zineb.

—No te burles de mí… Quiero decir… ¿en qué país?

—¿No lo sabes ya? ¿No te lo dijeron cuando te trajeron hasta aquí?

—Sí, sí, me lo dijeron. Pero no me explicaron nada. No veo dónde estamos exactamente, dónde estoy exactamente. Dónde, en esta tierra… Debes saberlo, tú…

—Puedo dibujarte en una hoja los cinco continentes y mostrarte dónde exactamente…

—No, eso no. Dilo con palabras. Es mejor… ¿Dónde estamos?

—En mis brazos.

—No bromeo, Gabriel.

—Estamos en Indochina. ¿Lo sabes, Zineb?

—Sí, sí. Pero ¿qué es Indochina? ¿Un país?

—No, más bien varios países, varias regiones en el sur de Asia, que pertenecen a Francia.

—¿Quieres decir como mi país, Marruecos, que pertenece a Francia?

—Sí.

—Exactamente de la misma manera.

—Sí.

—Ya veo.

—Como te he dicho, el continente se llama Asia…

—No me hables como un profesor… Dime las cosas de forma sencilla.

—Alrededor de nosotros, no muy lejos, están Indonesia, China, Tailandia…

—El mar, ¿tiene nombre?

—Hay varios mares alrededor, Zineb.

—Di sus nombres, Gabriel… Dilos…

—¿Todos?

—No. Solo algunos. Los repetiré después de ti. Vamos… Dilos…

—Está el mar de Andamán.

—El mar de Andamán.

—El mar de Arafura.

—El mar de Arafura.

—El mar de Ceram.

—El mar de Ceram.

—El mar de Tasmania.

—El mar de Tasmania.

—El océano Pacífico.

—El océano Pacífico.

—El océano Índico.

—El océano Índico… ¿La India está cerca de nosotros, Gabriel?

—Sí, en cierta manera… ¿Conoces el país?

—Me gusta la India.

—¿Has estado?

—¡Claro que no! Nunca salí de Marruecos antes de venir aquí. Conozco la India gracias a las películas hindúes, que veía en los cines de Casablanca…

—¿De verdad?

—Me enamoré inmediatamente de los actores de esas películas… Sobre todo de las actrices… Tan guapas, tan espirituales…

—¿Como quién?

—No las conoces, estoy segura.

—Dime a pesar de todo, Zineb.

—Chadia. ¿Conoces a Chadia?

—¿Rubia o morena?

—No seas tonto… Son todas morenas, las actrices hindúes… un poco como las marroquíes… Pero ellas son menos duras que las marroquíes… Más abiertas…

—¿Quién más?

—Tabu.

—Tabu. Es bonito.

—Y está Nargis. Mi preferida. Había dos chicas conmigo en el burdel, en Casablanca, que tenían el mismo nombre que ella.

—Nargis… Nargis… Es bonito…

—Más que bonito… Es increíblemente bello.

—¿Y por qué te gusta más Nargis que las otras?

—No sé… Cuando la veo me identifico con ella. Pero no soy ella. Nargis, soy yo en otra vida… ¿Está muy lejos de aquí la India, Gabriel?

—Depende de a qué parte de la India quieras ir. La India es muy extensa.

—Ah, vale…

—¿No lo sabías?

—No lo sabía… ¿Cuántos días de barco hacen falta para llegar?

—Yo diría que cinco días como máximo.

—¡Cinco días! No es mucho… ¿Me llevas allí, Gabriel?

—Un día, Zineb.

—Lo digo en serio.

—Primero tendría que salirme del ejército francés.

—¿Harías eso por mí, Gabriel?

—No puedo. No tengo derecho.

—Entonces hay que desertar…

—No se bromea con esas cosas, Zineb. Francia está en guerra en Indochina. He venido aquí por eso.

—Pero me has dicho varias veces que estás enamorado de mí.

—Y así es, Zineb. Te amo como un loco.

—Entonces compórtate como un loco… Desertas del ejército de tu país y nos vamos a la India…

—Mmmmm…

—¿No dices nada? ¿No me amas, Gabriel?

—Pero aquí no debo de ser el único que te ama así. Casi todos los soldados del destacamento están enamorados de ti. ¿No te lo dicen cuando vienen a verte para… para…?

—Los demás vienen solo por el sexo. Nada más. Para eso me han traído aquí desde Marruecos. Hay soldados a los que no les gustan las mujeres asiáticas…

—¡Qué sabrás tú!

—No cambies de tema, Gabriel.

—No te pongas tan seria, Zineb. No te pega.

—¿Me amas? ¿Sí? ¿No?

—Te amo, Zineb. Lo sabes perfectamente.

—¿Estás satisfecho cuando me entrego a ti cada día por delante y por detrás?

—Zineb, no hables así.

—A mí no me da vergüenza nada. Lo asumo.

—Ya, pero bueno…

—Y cuando me ocupo de tu sexo, y de todo lo demás, ¿estás contento?

—Siempre estoy contento contigo, Zineb.

—¡Entonces llévame a la India!

—Aunque quisiera, a ti nunca te dejaría marchar el ejército francés. Les perteneces, Zineb. Trabajas para ellos.

—No pertenezco a nadie. Vine aquí por voluntad propia. Hago de puta para los soldados franceses porque…

—No eres una puta, Zineb…

—Sí, lo soy. Tú bien que me compartes con el resto de los soldados y nunca me has dicho que te molestara. Les doy lo que te doy. Me abro de piernas…

—No hables así.

—¿Les cuentas lo que te hago? ¿Te dicen lo que hago con ellos?

—¿Qué te pasa? Cálmate. Cálmate…

—¿Te dicen todo? ¿Absolutamente todo?

—Zineb, ya basta… Cállate…

—Gabriel, si me amas, llévame a la India.

—Es una completa locura.

—Sí, estoy loca. Es lo que te gusta de mí. ¿No?

—Sí, también… Ese lado tuyo…

—Sobre todo eso, la locura en mí que te doy. Los ruidos que hago cuando estamos practicando sexo… Eso te vuelve loco… ¿No es eso lo que me has dicho?

—Zineb… Para… Para…

—¿Por qué me niegas el derecho a soñar con la India?

—Estás delirando.

—La India también pertenece a Francia, ¿no?

—La India pertenecía a Inglaterra. Ahora es un país libre.

—¡La India es un país libre! ¿Desde cuándo?

—Desde hace siete años ya, creo.

—¿Ves? Es sencillo, Gabriel. Iremos a vivir a un país libre. Nadie nos detendrá allí.

—¿Y de Marruecos, te olvidas así, tan fácilmente?

—¿Marruecos?

—Sí, Marruecos.

—¿Qué ha hecho por mí, Marruecos?

—Dímelo tú.

—Nada.

—No exageres.

—Marruecos me vendió a Francia, a los franceses.

—No te entiendo.

—No fui yo la que quise hacerme puta, ¿sabes?…

—Yo… supongo… que… nadie quiere…

—¿Sí? ¿Qué supones? Termina la frase…

—Nada.

—¿Crees que nací puta? ¿Que siempre viví en Bousbir?

—Me imagino que quieres decir Prosper.

—En Casablanca decimos Bousbir. Es más sencillo.

—¿Bousbir es un prostíbulo de Casablanca?

—Mejor. Es un burdel a cielo abierto. El lugar donde acaban todos los malditos de Marruecos, hombres y mujeres.

—¿Y todo el mundo se prostituye allí?

—Todo el mundo. Bueno, mientras se es consumible.

—¿Es grande?

—Varias casas. Varias calles. Todo un barrio justo frente al mar, al océano Atlántico.

—¿Te obligaron a trabajar ahí?

—Fue más complicado.

—Cuenta…

—¿Por dónde empezar?… Es difícil. Es muy largo.

—Soy el último soldado del día. Tenemos toda la noche para nosotros.

—No, esta noche no. Mañana. No tengo fuerzas para hablar de eso esta noche. Mañana.»

2

«Yo estaba ahí arriba, en las montañas del Atlas, con mi padre y un brujo judío. Buscábamos uno de esos tesoros enterrados en aquel lugar desde hacía siglos. Era de noche. Y, esa vez, el judío no había mentido. Con una voz envolvente, recitaba salmodias, invocaciones, llamadas, a la vez en hebreo y en bereber. Mi padre llevaba dos horas cavando. El judío seguía con sus ritos. Yo ayudaba a mi padre como podía. Apartaba la tierra de los bordes del agujero profundo. De repente, como en los cuentos, una luz amarilla, oro, apareció en el fondo. El judío detuvo sus cánticos. Mi padre gritó. Me uní a él y lo ayudé a extraer el saco que contenía al menos diez kilos de luises, de "luisas" como las llamamos nosotros. Luises de los de antes, de los de verdad. Unas monedas hermosísimas. Muy gruesas. Espero que me creas, Gabriel. No te cuento mentiras.

—Te creo, Zineb.

—Esas historias de tesoros escondidos son reales.

—Te creo. De verdad. Sigue. ¿Qué sucedió después?

—Repartimos los diez kilos de luisas en tres cestos. Pusimos unos dátiles por encima y empezamos a bajar de la montaña para volver a nuestro pueblo, que se encontraba cerca de la ciudad de Azilal. Tardamos mucho. Al amanecer, nos detuvieron. La policía francesa. Más exactamente, marroquíes que colaboraban con los franceses. Alguien nos había denunciado. Intenté resistirme, gritar. Mi padre me lanzó una mirada. Renuncié. Nos separaron. Fue la última vez que vi a mi padre y al brujo judío… Yo tenía 16 años…

—¿Y después?

—Me convertí en lo que ves ante ti. En otra mujer.

—¿Fuiste a la cárcel? ¿Te juzgó un tribunal?

—Me llevaron lejos, muy lejos de mi casa. A otra ciudad. Marrakech. Ahí debían juzgarme. Pero no pasó nada de eso.

—¿Te liberaron?

—El jefe de policía se apiadó de mí. Me sacó de la cárcel. Me dijo que era joven y que, seguramente, no sabía lo que hacía. Así que no podían considerarme como una cómplice. Podía volver a mi casa. Estaba tan contenta, tan aliviada. Me arrodillé y le besé los pies,

primero uno y luego otro. Me dejó hacerlo. Luego me puso de pie, me miró fijamente a los ojos y me dijo que se llamaba Charles. Añadió: "Antes de volver a tu casa, te invito a la mía. Así descansarás un poco. Trabajarás un poco. También ganarás un poco de dinero. Así no volverás con las manos vacías ante tu familia". Era amable, Charles. Muy amable. Me lo demostró con creces desde la primera noche. Vino a mi cama y se acostó sobre mí… Sobre mí… ¿Entiendes? ¿Entiendes?

—Sí.

—Era amable. Sabía lo que hacía. A lo que me condenaba… Las consecuencias…

—¿Qué consecuencias?

—Estaba deshonrada.

—Es grave.

—Muy grave. ¿Adónde volver en semejante estado? Nadie en mi familia iba a ayudarme. Lo sabía perfectamente. Me quedé con Charles. Me acostumbré a él. No tenía elección. Me decía: "Eres tan blanca, Zineb, y tu pelo es tan negro. ¡Estoy enamorado de ti!".

—No eres muy blanca.

—Entonces sí lo era. El sol de Marrakech me oscureció.

—¿Y después?

—Charles obtuvo una promoción. Lo mandaron a trabajar a Casablanca. Me llevó con él.

—¿Qué hacías para él?

—A veces cocinaba. Sobre todo me ocupaba de que todo estuviera en orden en su casa.

—¿Eso es todo?

—Y sexo, claro. Cada noche.

—¿Cada noche?

—Decía todo el tiempo que estaba enamorado de mí.

—¿Y tú, Zineb?

—¿Yo? No tenía más opción que estar con él.

—¿Querías quedarte con ese hombre?

—No lo entiendes, Gabriel. Para una marroquí en mi situación, era una solución perfecta.

—¿Te gustó Casablanca? ¿Duró mucho tiempo tu relación con él?

—Un día me dijo que iba a volver a Francia. Que lo reclamaban allí. Que iba a terminar su carrera en París.

—¿Y tú?

—Me dijo que iba a presentarme a uno de sus amigos. Se llamaba Augustin. Un gran funcionario: "También él te gustará mucho, ya verás".

—¿Y te entregó a él?

—¿Qué te crees? ¡Pues claro!

—¿Y viviste con ese tal Augustin?

—Una semana. Justo una semana.

—¿Huiste?

—Sí.

—¿Adónde?

—Fui a la estación de autobuses de Casablanca. Quería regresar a la montaña, a mi casa. Al pueblo cerca de Azilal.

—¿A Azilal? ¿Después de todos esos años?

—Pero a última hora cambié de opinión. Era imposible. Imposible. No podía volver así.

—¿Por qué?

—Mis padres me habrían matado…

—¡Ah!

—Una mujer de cierta edad me abordó en la sala de espera de la estación de autobuses. Fue ella la que me llevó al burdel de Bousbir… Eso es todo…

—¿Eso es todo?

—Me quedé en Bousbir dos años. Allí estaba como muerta. De vez en cuando iba a los cines del centro de Casablanca. Ahí fue donde descubrí a la actriz Nargis y empecé a soñar con ella. A convertirme en ella.

—Ya veo.

—Un día oí hablar de esas prostitutas marroquíes que acompañaban a los soldados franceses a la guerra de Indochina. Fui a la prefectura y les dije que yo también quería enrolarme por Francia.

—¿No tenías miedo?

—Cuando se ha vivido en Bousbir ya no se tiene miedo a nada… y además fue como una llamada. Tenía que irme lejos, alejarme de Marruecos. En alguna parte, en otro lugar, me esperaba otro destino. Otra vida.

—¿Y al seguir a los soldados franceses en guerra pensabas llegar a eso, a ese sueño?

—Era la única solución que se presentaba ante mí.

—Pero debe de ser duro acostarse con todos esos soldados a diario.

—Nunca te he dicho lo contrario.

—¿Y ahora?

—Ahora debo seguir mi camino. Contigo o sin ti, tengo que ir a la India. Al país de Nargis.

—Aunque consigamos huir, el ejército francés nos encontrará. Y nuestro castigo será terrible.

—No quieres venir conmigo. Ya veo… Mi historia no te ha

conmovido.

—Es un riesgo muy grande, Zineb. Soy francés. Lo perdería todo si huyera contigo. Absolutamente todo.

—Pero dices que estás enamorado de mí…

—Lo estoy. Te lo juro.

—No entiendes, Gabriel.

—¿Qué?

—¿Me amas de verdad o me amas solo como el primer francés, Charles?

—No me compares con él.

—Solo tenemos una vida. ¿Por qué das la tuya a la guerra? ¿En nombre de qué?

—Por Francia.

—Yo renuncié a Marruecos.

—¿Y?…

—Podrías renunciar a Francia.

—No es tan fácil.

—Al contrario. Es muy simple. Vienes. O no vienes.

—Eres dura, Zineb.

—No seas cobarde, Gabriel.

—Te quiero, Zineb. De verdad. Pero…»

3

«Tengo un sueño. En mis adentros sé que es de verdad.

—¿Qué es, exactamente, ese sueño?

—Llegar a ser como Nargis. Llegar a ser Nargis.

—Una estrella del cine hindú.

—No. Una actriz.

—Pero tú no sabes actuar.

—¿Y tú qué sabes? ¿Crees que ser puta es mi verdadera naturaleza, mi verdadero papel en la vida?

—No entiendes, Zineb.

—Sin embargo es bastante fácil de entender. Ser puta no consiste solamente en quitarse la ropa y abrirse de piernas con los hombres. También hay que saber interpretar varios papeles, interpretarlos a la perfección en la vida real. Actuar y dirigir a los clientes… Lo sé todo de ese oficio. Cuando vi por primera vez a Nargis en su película *Andaz*, entendí todo eso. Yo también puedo hacer lo que hace ella delante de la cámara. Entrar en el cine. En las imágenes. Recibir la luz. Colocarme correctamente en esa luz. Olvidar a los otros. Dejar que me penetre otra vida, salir de mí, de todo lo que soy yo. Me pareció evidente… Para actuar, eso es todo lo que hay que hacer… He de ir allá, a la India.

—Pero ¿por qué no intentaste hacerte actriz en Marruecos?

—En Marruecos no hay cine.

—¿Y en Egipto?

—Yo quiero en la India. La India y nada más. Quiero estar en ese sueño, en un país donde nadie me detenga, donde nadie me recuerde mi pasado de prostituta. Ni los marroquíes ni los franceses. Quiero pasar directamente a la luz, sin intermediarios.

—Estás loca.

—No te burles.

—Estás loca.

—Entonces, sí, lo estoy. Y mejor así. Desde que entré en las imágenes de la película *Andaz* me volví loca. Lo confieso. Pero solo eso puede salvarme de verdad.

—¿Qué cuenta esa película, *Andaz*?

—Habla de una mujer que ama a dos hombres.

—Ya veo. Una mujer libre.

—No, solamente. No se puede ser libre cuando se está enamorada con la misma intensidad de dos hombres. Para mí, en esa película, la libertad no se sitúa ahí.

—¿Dónde, entonces?

—En la interpretación de Nargis. En su manera de actuar. Se abandona. Se abandona y da toda su energía, todos sus colores íntimos. Todos sus secretos.

—¿Tú conoces ese estado?

—Basta de preguntas, Gabriel. Toma una decisión. Inmediatamente… ¿Te vienes conmigo a la India?

—¿Tengo que darte una respuesta ahora?

—No una respuesta definitiva, si quieres… Dime solo que vendrás conmigo… Que iremos juntos…

—Iré contigo, Zineb.

—¡Ah!

—¿Te sorprende?

—Me amas de verdad… de verdad.

—No quiero morir en Indochina.

—Quieres vivir, como yo. Está bien, Gabriel. Estoy contenta. Soy feliz. Puedo dormir.

—Canta antes, Zineb. Canta.

—Voy a cantarte *Uthaye Ja Unke Sitam*, una de las canciones de *Andaz*. No la canta Nargis. Hace como que la canta. La que canta de verdad se llama Lata Mangeshkar.

—Lata Mangeshkar… ¿Cómo conoces su nombre?

—Cuando buscas, encuentras.

—Vamos, canta… Canta, Zineb…

—Voy a intentarlo:

Uthaye ja unke sitam aur jiye jaa
Yunhi muskuraye ja, aansoo piye ja
Uthaye ja unke sitam aur jiye jaa
Yunhi muskuraye ja, aansoo piye ja
Uthaye ja unke sitam

Yahi hain mohabbat ka dastoor aye dil
Dastoor aye dil
Woh ghum de tujhe tu duaye diye ja
Uthaye ja unke sitam

Kabhi woh nazar jo samayi thi dil me
Samayi thi dil me
Usi ek nazar ka sahara liye ja
Uthaye ja unke sitam

Sataye zamana o, sitam dhaye duniya
Sitam dhaye duniya
Magar kissi ki tammana kiye ja

Uthaye ja unke sitam aur jiye jaa
Yunhi muskuraye ja, aansoo piye ja
Uthaye ja unke sitam

—Es triste.

—Sí, muy triste, Gabriel.

—¿Quieres ir a la India para cantar ese tipo de canciones?

—Ir a la India, responder a la llamada, eso supondrá entrar por fin en mi vida. Mi verdadera vida. Para llegar a ese momento me falta subir un peldaño o dos. Nada más.

—Y una vez allí contigo, ¿qué haré yo?

—Tú eres mi amor. Tú serás mi hombre. Lo viviremos todo juntos.

—Solo estaremos en tu sueño.

—Mi sueño, sí, pero tú también descubrirás el tuyo… Pronto… En el camino…

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

—¿Quieres decir que hablo bien?

—Sí.

—El primer francés, Charles, no me llevó con él a París. Me abandonó. Sin que lo supiera, observaba cómo se comportaba cuando recibía a gente en su casa. Se situaba en el centro, pero sin imponerse a los demás, y se ponía a hablar. A brillar. A convertirse en otra persona… Le robé a él un poco de aquel talento…

—Me da la impresión de que no eres real, Zineb.

—Tú tampoco eres real, Gabriel… Ser soldado, no es real…

—¿Qué quieres decir?

—No pareces afectado por lo que vives, por lo que haces… Esos horrores… Todos esos muertos…

—¿Cuándo nos vamos a la India?

—Ven a mis brazos, Gabriel.

—Aquí estoy… ¿Dónde estamos ahora, Zineb?

—En el barco.

—¿Y sigo estando en tus brazos?

—Sí.

—¿Puedo cerrar los ojos?

—Sí, sí, Gabriel. Te despertaré cuando llegue la hora. Dentro de cinco días.

—¿Conservarás tu nombre en la India?

—No.

—No me extraña. Has pensado en todo. Incluso en los medios para hacer que me enamore de ti como un loco. Así podrás hacer de mí lo que quieras.

—Es por tu bien, Gabriel… Duerme… Duerme…

—Me voy. Me vence el sueño…Viene… Viene poco a poco…

—Duerme, mi pequeño Gabriel.

—¿Cuál será tu nombre en la India?

—Zahira.

—Zahira… ¿Por qué?

—Suena bien.

—Sí. Zahira… Es bello….

—Un bello nombre para ser actriz en la India.

—Suena árabe.

—Nargis también es un nombre árabe. Es su nombre de actriz. Su nombre verdadero es Fatima Rashid. Es musulmana.

—Como tú, Zineb.

—Como yo, Gabriel.»